

TESTIMONIOS DE PROFESIONALES SANITARIOS CRISTIANOS

aparecidos en la Sección “Pulso Vital” del Boletín PROSAC

LAS TRES «HACHES» DEL BUEN MEDICO

Dr. Francisco Javier Parra Jiménez. Madrid.
Boletín PROSAC 2/97

La ciencia es una gran ayuda para todo pero sólo se llega a comprender aquello que se ama. La dedicación total a los demás es la máxima expresión del amor.

Mi relación con la medicina se remonta a los primeros años de mi vida. Mi vocación médica se pierde en la infancia. Para mí, la cosa era fácil ya que sólo tenía que imitar a mi padre, un profesional de la medicina de cuerpo entero.

Mi padre decía que para ser un buen médico hacían falta tres «haches»: *humor, humanidad y humildad*. Al principio, yo creía que lo que verdaderamente hacía falta para ser un buen médico eran conocimientos. Con el tiempo he descubierto que mi padre llevaba razón y que el diagnóstico de las tres «haches» era acertado.

El *humor* es parte fundamental de la terapia de la vida. Intento reír y disfrutar con los pacientes y con mis compañeros. Es importante trabajar con alegría y entrega, infundir tranquilidad y crear un clima de alegría saludable. El humor ayuda a romper la tensión en las situaciones difíciles.

Humanidad como algo consustancial al profesional de la salud. ¡Cuántas veces oigo que con el tiempo se hace uno más insensible y menos receptivo al sufrimiento de los demás! Yo trato de individualizar el sufrimiento de las personas porque no hay enfermedades, en abstracto, sino enfermos, en concreto. Es la persona quien pone su confianza en mí y es a ella a quien yo tengo que atender.

Humildad como principio de la sabiduría humana. No soy ni más ni menos que los demás. Estoy para servir, estudio para ser un buen profesional, para explotar al máximo mis posibilidades. Es mi obligación asistir cada día mejor, a los que ponen su vida y sus sufrimientos en mis manos, no para vanagloriarme de ello sino para mejorar, en lo posible, el uso de los recursos que disponemos. Cuando fracaso en mi propósito, procuro no sentirme ni contrariado ni ofuscado; y cuando tengo éxito, intento no ser altanero ni que me aleje de Dios.

Me ayuda en mi trabajo, no olvidar lo que he sido y lo que soy y que quizá, algún día, yo mismo me veré en la situación del paciente que estoy atendiendo.

El ser cristiano dentro de la profesión médica implica una serie de deberes con uno mismo y con los demás. El pobre, el enfermo, el desvalido... actualizan a Jesucristo. En su piel está El. Esto es una gran responsabilidad. Pero al fin y al cabo de la vida, todas las vidas, la nuestra incluida, son un don de Dios y El quiere que no las maltratemos ni malgastemos.

Me ayuda en mi trabajo pensar que algún día yo sea el paciente.

A CORAZON ABIERTO

Dra. Carmen de Castro (Girona.)
Boletín PROSAC 3/97

Ser médico es estar a lado del enfermo nunca por encima de él. Estar siempre atenta a los problemas de los demás y que a la gente no le cueste pedirme una favor, ha marcado mi trayectoria personal y profesional.

Soy médico, especialista de medicina familiar y comunitaria. Estoy ejerciendo en un Centro de salud en Arbúcies (Girona). Trabajar en atención primaria me ha permitido practicar una medicina muy próxima a los pacientes y familiares.

El mundo sanitario está muy secularizado y se me hacía difícil vivir como cristiana. Hablando con un sacerdote sobre esta dificultad, me propuso fórmula sencilla: Estar siempre atenta a los problemas de los demás y estar accesible, que la gente no les cueste pedirte una favor. Esta frase me marcó y orienta mi vida personal y profesional.

Desde hace 10 años voy como médico a la peregrinación de Lourdes de la Diócesis. Allí aprendí que ser médico era estar a lado del enfermo nunca por encima de él, aprendí a escuchar y compartir la angustia del día a día de muchas personas que a pesar de su situación eran felices. Recuerdo a Carlos, una persona que me impresionó especialmente y su testimonio me ha ayudado a entender la realidad del enfermo. Se llama Carlos. Tiene ahora 44 años. Hace 13 años padeció un accidente laboral. Desde entonces es tetraplégico. Había trabajado siempre en el campo, gran amante de la naturaleza, con un hijo de 3 años, Carmen, su esposa y toda la vida por delante. Es admirable con qué entereza y sencillez lo fue asumiendo. Doy gracias a Dios por haberme cruzado en sus vidas y haber podido estar a su lado en muchos momentos durante estos últimos años. Personas □—como Carlos y como los que he conocido en la Fraternidad Cristiana de Enfermos y Minusválidos y en la Asociación Comunitaria Anti-Sida de Girona— me dan lecciones magistrales. Recibo más de lo que les doy. Ellos me mueven a vivir mi fe como profesional sanitaria.

Las actividades cotidianas absorben mi vida y le dan sentido. Trato de vivir buscando, en cada momento lo bueno y saborearlo. En el pueblo donde trabajo vive una comunidad de inmigrantes africanos de Senegal y Gambia. Con unas compañeras del centro, junto con la trabajadora social y otros colectivos del pueblo decidimos realizar un trabajo de formación en temas sanitarios, talleres de costura y talleres de cocina. Fue una experiencia muy enriquecedora. Se estableció entre nosotros una relación de confianza. Ha ayudado a la integración social, ya que se implicaron muchas personas del pueblo y se modificaron ciertas actitudes de rechazo hacia este colectivo.

Durante el 1995, se celebró el Concilio de la diócesis catalanas en el que tuve la suerte de poder participar como miembro del Consejo Pastoral diocesano de Girona. A nivel personal supuso una experiencia de fe intensa y reafirmó mi compromiso como cristiana y profesional. Sin duda, esta vivencia me ha dado coraje para iniciar el movimiento de PROSAC en Girona, junto con otros profesionales, ya que hemos descubierto el vacío que exista en este ámbito.

Hace unos seis años se inició un grupo constituido por profesionales de la salud, visitantes de enfermos y los propios enfermos donde cada mes se han ido tratando distintos temas de reflexión que nos han hecho crecer y vivir momentos muy vivos sobretodo cuando los enfermos aportan su testimonio. Este grupo ha sido la cuna del movimiento, gracias a él nos hemos ido conociendo y nos proponemos avanzar. Estos encuentros de reflexión, intercambio de experiencias y oración me ayudan a vivir mi fe en mi realidad de cada día.

Intento dar continuidad a mi vida cristiana tanto en mi trabajo como fuera de él. Quiero seguir trabajando en todo lo que me hace crecer y da sentido a mi vida.

LA HUELLA DE LA ENFERMEDAD EN MI VIDA

Basi Martín Gómez. Enfermera. Segovia
Boletín PROSAC 4/97

El paso por la enfermedad me ayudó a descubrir la importancia del trato personalizado en la asistencia al enfermo. Hay que ayudar al enfermo a ser protagonista de su propia sanación.

Soy enfermera y si volviera a nacer, elegiría la misma profesión.

Cuando decidí estudiar enfermería, lo único que tenía claro era mi deseo de ser útil a los demás. No sabía si sería capaz de trabajar con enfermos.

Poco a poco fui descubriendo mi vocación para esta profesión y viendo cómo era capaz de conectar con cada enfermo. Vi que, por importantes que fueran mis cuidados de enfermería, lo era mucho más

el trato personalizado y la escucha. En el encuentro de Cristo con los enfermos, descubrí estas actitudes que intento poner yo en práctica.

Terminada la carrera trabajé cuatro años en Medicina Interna, en el Hospital General de la Seguridad Social. La juventud y la ilusión por el trabajo hicieron que fueran los mejores años de mi vida. No sólo atendí y acompañé a enfermos, sino que también hice grandes amigos.

Por este tiempo caí enferma y después de tres meses y medio de ingreso en un hospital me diagnosticaron una *polineuropatía periférica*. Los médicos dijeron que no debería trabajar en un planta con enfermos, sino en un trabajo más tranquilo. Cuando volví al trabajo tenía un nuevo destino en el hospital, la farmacia.

A veces se cierran caminos, pero se abren otros. En este tiempo conocí la Fraternidad Cristiana de Enfermos y Minusválidos (FRATER), movimiento de enfermos y minusválidos físicos y de alguna manera suplió, en un primer momento, mi deseo de estar directamente junto al enfermo. Mi experiencia de enfermedad me ayudó a integrarme plenamente y en este movimiento es donde he ido descubriendo pautas que han marcado mi vida.

La Frater ha sido el lugar donde he alimentado mi fe, donde he descubierto una nueva dimensión de la enfermedad y cómo el enfermo debe ser *protagonista* de su propia vida. Las palabras de Jesús al paralítico: "levántate y anda", con todo lo que esto supone de animar al enfermo a asumir y valorar su propia situación y desde ella realizar su compromiso humano y social, han tomado para mí un nuevo sentido y he descubierto que por muchas que sean las limitaciones de un enfermo o minusválido, son muchas más sus capacidades. Es obligación de los profesionales sanitarios cristianos, ayudar al enfermo a que se valore y sea "*protagonista de su sanación*".

El trabajo que hago ahora como profesional, no es el que yo hubiera deseado (sigo en Farmacia), pero intento hacerlo bien y con la misma ilusión que si hubiera sido el elegido por mí.

Intento vivir mi fe en todos los aspectos de mi vida y por lo tanto también en mi trabajo como profesional sanitario cristiano. La fe no es algo que uno se pone cuando está rezando, cuando está en un ambiente religioso... y se quita cuando se encuentra en un ambiente adverso. Trato de vivir mi fe y mi compromiso cada día e intento ser consecuente con lo que pienso, digo y hago, entregándome totalmente con alegría en mi trabajo. Deseo ser para los demás elemento de ayuda, no de malestar o desorientación.

VIVIR EN GRATUIDAD

Dr. Francisco Pérez Climent. Castellón
Boletín PROSAC 5/97

Jesús llama cuando quiere y como quiere. A mis cuarenta años, yo sentí su llamada. Fue un encuentro vivo, una experiencia fuerte. No fue mérito mío, ni siquiera lo había buscado. Me fue dado. Hubo unas personas que me invitaron. Me sentí "tocado".

Llevar paz, serenidad y esperanza es para mí una forma concreta de anunciar el Evangelio en el mundo sanitario

La experiencia que he vivido, me permite poder añadir la C de cristiano a lo que ya era, un profesional sanitario, y llegar a descubrir que el Evangelio es bálsamo y medicina.

En mi trabajo con los enfermos, además de ofrecerles una asistencia competente como médico, les ayudo a descubrir y vivir que Dios los ama, que ha sembrado en ellos la semilla del amor, que su experiencia de la enfermedad puede ser transformadora y sanante. Lo he recibido gratis y gratis quiero darlo a los demás. En los momentos de sequía, que no de desesperanza, me anima saber que a mí tan sólo se me pide sembrar, y que El se encarga del crecimiento.

Trato de vivir mi fe y mi compromiso en el trabajo de cada día. Me siento feliz en lo que estoy haciendo. Sé que esa felicidad me viene del amor de Dios y deseo contagiarla a los demás.

No he perdido la ilusión y procuro sanear la atmósfera de desánimo que se respira en el medio hospitalario.

Presto mucha atención a cada enfermo y su familia. Sé que el tiempo que dedico a escucharles, informarles, liberarles de sus miedos, no es tiempo perdido. Repercute favorablemente en su forma de afrontar la enfermedad y de colaborar con el personal sanitario. Su gratitud es para mí una compensación y un estímulo.

Llevar paz, serenidad y esperanza al mundo sanitario, donde la enfermedad ha sembrado agresividad, preocupación y desesperanza, es para mí una forma concreta de anunciar el Evangelio de Jesús y de ser levadura en ese mundo. Sé que mi trabajo –como repite la Madre Teresa de Calcuta– es una gota en el océano, pero si yo no la hubiera echado, faltaría en el océano esa gota. Ser levadura, que pueda transformar la masa, ése es nuestro papel de laicos cristianos.

Mi compromiso cristiano lo vivo no sólo en el hospital; sino también en otros campos (la familia, la parroquia...). Eso me enriquece, me abre a otras realidades, me permite conocer personas y me hace sentirme miembro de una Iglesia.

Me ayuda a vivir como profesional sanitario cristiano, en primer lugar, mi familia, su apoyo, el llevar a cabo proyectos en común que comparto con mi mujer. La comprensión y aceptación por parte de mis hijos, que han que quedarse solos en casa por las múltiples reuniones que tenemos. Una ayuda muy valiosa es la unión que existe en el grupo PROSAC de la diócesis, con la Delegación de la Pastoral de la Salud y los encuentros con otros profesionales sanitarios cristianos. Y, finalmente, la oración de alabanza a Dios y de acción de gracias, por todo cuanto poseo.

EL ENFERMO ES LO PRIMERO

Dr. Joaquín Yangüela. Logroño

Boletín PROSAC 6/98

Intento cada día que el trabajo de todos en mi Servicio sea agradable y lo más eficaz posible. Quien se queja, siente dolor, protesta, espera paciente... es un ser único, es Cristo vivo que se me acerca.

Suelo decir que soy "PROSAC-consorte", porque fue mi mujer –Pilar Criado– la que me empujó a serlo. Yo estaba muy atareado con mi trabajo. Ella acudía a las reuniones del grupo que se estaba formando. Con el tiempo, los temas me parecieron interesantes, y me fui integrando.

Tengo fama de persona tranquila, dialogante, lo que llaman "buena persona". Me paso el día apagando fuegos, e intentando que el trabajo de unos y otros sea agradable y lo más eficaz posible. Muchas veces me he preguntado si yo soy así porque sí, o si el hecho de ser cristiano es un plus que me anima día a día. No sé con exactitud cuánto es por lo uno y cuánto por lo otro, pero me he planteado qué aporta mi fe a mi trabajo.

Me paso el día viendo enfermos, muchos de ellos graves, cancerosos o de otro tipo. Sufren la enfermedad, el dolor, la duda, la tristeza, la muerte. Se preguntan por qué me pasa esto a mí. ¿Dónde está Dios que permite el sufrimiento? Me impacta especialmente la muerte de los jóvenes y el dolor que veo a su alrededor. Cuando sales de trabajar, intentas olvidar el dolor, a veces inmenso, de estas gentes. Es un mecanismo de defensa para mantener un cierto equilibrio.

Mis pacientes son quienes más me hacen pensar en Dios. No en el Dios que les manda un castigo o les abandona, sino en el Dios que está en todos: en el que sufre, en el enfermo, en el que viene a preguntar por su familiar, en el que te llama angustiado pidiendo ayuda.... Es Cristo, encarnado en cada uno de ellos. "Estuve enfermo y me atendiste". Eso me ayuda a pensar que quien se queja, siente dolor, protesta, espera paciente... es un ser único, es Cristo vivo que se me acerca.

A lo largo de los años he ido aprendiendo conocimientos de mi especialidad (digestivo), pero he tenido que aprender otros conocimientos y habilidades que nunca me habían enseñado: mecanismos de relación con el enfermo, formas de transmitir malas noticias, cómo acompañar en el dolor y en las alegrías o serenar a quien lo precisa...

Cuando estoy con los enfermos me gustaría saber transmitirles cercanía, respeto y prestarles la ayuda que precisan. Le pido al Padre, a bote pronto, que me eche una mano en ese momento puntual. Yo, que suelo ser parco en palabras, no sé de donde me vienen éstas cuando las necesito. Pero me salen. Probablemente es el resultado de la formación de años. Sin duda, PROSAC me ha ayudado mucho y también mi experiencia de trabajo y de vida en una comunidad cristiana de base.

Hay una frase del Hno. Roger de Taizé, en la que siempre me apoyo: «Conocido o no, Cristo está presente en nuestro interior, como un clandestino: luz en nuestra oscuridad, fuego en el corazón del hombre». Ese Jesús, que está dentro de mí, me anima. Es el mismo que está contigo, que ahora me lees, el mismo que está con mis pacientes y con los tuyos.

VACACIONES EN COCHABAMBA

M^a Victoria González Dou. Enfermera. Barcelona
Boletín PROSAC 7/98

Vacunar por la mañana en el campo y trabajar en el centro de salud por la tarde

Cuando en 1980 terminé mi carrera de enfermería, me ilusionaba ir a trabajar a Sudamérica, pero no lo pude realizar por diversos motivos (familiares, profesionales, etc.). El año 1997 mi ilusión se hizo realidad. Durante el mes de vacaciones, fui a Bolivia, a la zona de Valle Alto en el estado de Cochabamba.

Por la mañana iba a vacunar a las comunidades agrícolas, (grupo de casas juntas o aisladas), y por la tarde en el Centro de Desnutrición Infantil. En él se ofrece una recuperación integral al niño: nutrición, educación, estimulación psicomotriz. Además se enseña a las madres nutrición e higiene. Yo no pude hacerlo por problemas de idioma, pues hay muchas zonas del país que hablan un idioma precolombino, y hay quien no sabe nada de español, que es un idioma de ciudades.

¿Que hacía una PROSAC como yo en el tercer mundo? Intentaba cumplir el mensaje de Jesús: "Estuve enfermo y me visitaste". (Mt. 25,36). Es cierto que en un mes no pude desempeñar una misión técnica completa. Veía a Jesús en la cara de muchos bolivianos. Traté de vivir el lema del Día del Enfermo de este año "Da gratis, lo que recibiste gratis". Es más, en Bolivia donde la falta de material es tan grande, me sentí más profesional sanitaria, porque tuve que emplear todos mis recursos en el aspecto profesional, y me sentí más cristiana, pues practiqué la solidaridad y traté de borrar el orgullo y el egoísmo de mi vida occidental.

Tuve la experiencia añadida de coincidir con el Congreso Eucarístico Mariano. Toda una expresión de religiosidad diferente de la de aquí. Me acordé de todos vosotros –de muchos personalmente– en los actos a los que asistí. Puedo asegurar que estabais presentes en mis oraciones

En mi vida habrá un antes y un después de Bolivia: en el aspecto profesional porque el ejercer sin material hace que agudices el ingenio; como persona cristiana he podido comprender el sentido de la expresión "Hermanos en Cristo". La experiencia ha sido válida. He podido valorar el por qué de mi vida, he hecho turismo (¿por qué no?) y sobre todo, he reafirmado mi idea de volver para continuar un trabajo con las personas que ya están ahí.

ESTAR CON EL QUE SUFRE ME AYUDA A MADURAR

Carmen Belén López Parente. Auxiliar de Clínica. Orense.
Boletín PROSAC 8/98

Es inhumano derrochar millones en técnicas sofisticadas y no emplear unos minutos en estar al lado del enfermo.

Me siento cristiana. Mi grupo de PROSAC me ayuda a ir madurando en mí una serie de valores que encuentro en el Evangelio y que se me impone desde dentro llevar a la práctica. Lo hago dando lo mejor de mí a los que me necesitan, en este caso a los enfermos.

Todos llevamos dentro unos valores. En ocasiones nos da miedo hacerlos asomar, temiendo las críticas de los otros. Una palabra de aliento, una sonrisa, una mirada, un cumplido sincero, una caricia, y otras pequeñas cosas tienen un resultado muy positivo: hacer feliz a una persona.

Trabajo con un grupo de enfermos muy especiales. Les entrego mi tiempo, mi ternura, mi sencillez; y sobre todo les escucho. Tengo también mis problemas: me dejo llevar mucho por los sentimientos, sin tomar distancia, y eso me acarrea sufrimiento, que suavizo sabiendo que dentro de mí tengo a Alguien que me guía y me hace ser así.

Hay momentos en los que me enfado y me pregunto por qué El puede permitir tanto dolor, tanta insensibilidad, tanta injusticia... Una fuerza interior me apacigua y ayuda a poner calma, entereza y capacidad para afrontar esas situaciones. Esa fuerza la encuentro en la fe, que me hace ser más fuerte, a la vez que más sensible ante el sufrimiento del otro.

PROSAC cada día me llena más y me ayuda a incrementar esos carismas de bondad, disponibilidad,... que tanto necesitan los que tengo a mi lado, los enfermos. Necesito hacerme cercana a su sufrimiento. No quiero que me sea ajeno. Esto marca mucho porque te hace sufrir, pero te ayuda a madurar.

Me parece inhumano el derroche de tantos millones en técnicas sofisticadas y no emplear, aunque sólo sean cinco minutos de nuestro tiempo, en estar al lado del enfermo, en preguntarle, en cogerle de la mano y darle un poco de calor humano, en sonreírle... Una palabra de aliento, una sonrisa, una mirada, un cumplido sincero, una caricia, y otras pequeñas cosas tienen un resultado muy positivo: hacer feliz a una persona. Es una excelente terapia y una forma de ser un buen profesional sanitario.

Vivo dificultades que me lastiman, pero siempre tengo aliento para superarlas porque Dios está en mí.

Soy la más joven de mi grupo de PROSAC. Son personas exquisitas, únicas, porque viven su ser cristianos. Tengo tanto que aprender de cada uno de los compañeros que me siento como una hormiguita a su vera.

Estoy agradecida a la persona que me habló por primera vez de PROSAC, porque pude llegar a serlo yo también. Presumo de ello y de tener a mi lado a un grupo maravilloso que me ayuda a hacer brotar en mí ese espíritu de bondad, de solicitud y de dedicación a los que me necesitan.

LAS URGENCIAS, UN LUGAR PRIVILEGIADO PARA EL ENCUENTRO CON EL ENFERMO

Lucía Caballero, Auxiliar de Enfermería. Zaragoza
Boletín PROSAC 9/98

El enfermo de Urgencias tiene derecho a ser respetado en su identidad, su intimidad y su dignidad humana.

Jesús me ha regalado un caudal inagotable de compasión, de ternura y de misericordia para atender a los enfermos.

Llevo 28 años de servicio a los enfermos; los 8 últimos en Urgencias del Hospital Miguel Servet de Zaragoza. Dentro del Equipo asistencial realizo las funciones propias de la auxiliar de enfermería.

En Urgencias nos toca trabajar con personas, muchas de ellas en situaciones extremas, por su estado terminal, por su situación personal, familiar y/o social. Personas que sufren no sólo enfermedad, sino también miedo, abandono, soledad, marginación. Unas llegan con problemas de alcoholismo o drogodependencia, otras con enfermedades mentales, en crisis agudas y violentas. Hemos de atender a personas víctimas de agresiones, a ancianos abandonados, enfermos angustiados por su salud, aquejados por el dolor, aunque su vida no corra peligro.

Los enfermos que vienen a «Urgencias» tienen, ante todo, la necesidad y el derecho a ser reconocidos y tratados como personas, que se respete su identidad, su intimidad, su dignidad humana. Hablando en cristiano, su dignidad de hijos de Dios y hermanos nuestros. El mayor servicio que les podemos prestar es cuidarlos, devolverles en lo posible la salud y el bienestar y, sobre todo, reconocerles su dignidad.

Para mí Urgencias es un lugar privilegiado de encuentro y de comunicación interpersonal. Desde que entra el enfermo en «Urgencias» hasta que sale, trato de ofrecerle un servicio adecuado a sus necesidades. Me pongo en su lugar para conocer sus necesidades y poder atenderlas debidamente. Me preocupo de aliviar, en lo que puedo, su dolor, comparto sus sufrimientos, le doy el confort que

necesita y trato de mostrarle con todo mi ser y mi actuación la misericordia y ternura de Dios. Todo esto, desde la cercanía y el deseo de servir al otro, cuidando los pequeños detalles como coger la mano con cariño, mirarle a los ojos, escuchar, contestar con palabras comprensibles, sonreírle, no huir de las situaciones conflictivas. Evito mostrarle repugnancia ante olores, vómitos, suciedad; por desagradables que me puedan resultar, es mayor el sufrimiento de quien lo soporta en su propio cuerpo. Me ayuda muchísimo ver en cada enfermo el rostro sufriente de Dios y vivir lo que dice el Evangelio: «Lo que hacéis a uno de estos, a mí me lo hacéis».

Experimento que Jesús me ha colocado en este lugar y me ha regalado un caudal inagotable de compasión, de ternura y de misericordia para que cada día pueda encontrarme con mis hermanos enfermos, compartir sus angustias, acompañarles en su sufrimiento y amarles con todo mi corazón.

Intento dar a los enfermos lo mejor de mí misma y recibo de ellos mucho más de lo les que doy. Así es como puedo curarlos y ser curada, alimentarlos y ser alimentada, descansar dándoles descanso en su dolor. Dar y recibir misericordia es para mí el gozo mayor y más profundo.

TREINTA Y CUATRO AÑOS EN LA DOCENCIA DE ENFERMERÍA

Carmen Salado. Enfermera. Sevilla
Boletín PROSAC 10/1999

La buena docencia en la Universidad no consiste sólo en transmitir "saberes", sino que hay que transmitir valores.

Cuando en el año 1965 me propusieron ir a la Escuela de Enfermería como Secretaria de Estudios, puedo decir que "se me cayó el alma a los pies". Era feliz y me sentía muy útil al cuidado de los enfermos en la sala de O.R.L. del Hospital de las Cinco Llagas de Sevilla. No me costaba esfuerzo ver a Jesús en aquellos enfermos y en sus familiares y era fácil poner en práctica la doctrina Evangélica recordando la frase: "Lo que hacéis a uno de éstos, a mí me lo hacéis".

En la Escuela de Ayudantes Técnicos Sanitarios (nombre que tuvo hasta el año 1978) me encontré al principio un poco aturdida, con cientos de jóvenes y, solo contaba como experiencia la de mi propia juventud. Quería volcar en ellas mi ser como profesional y como cristiana. Quería que se hiciera realidad en mi vida, a imitación de Cristo, el "pasar haciendo el bien". Y en el vivir diario con las alumnas aprendí cómo debía ser un profesional sanitario cristiano, en este caso, docente.

El primer planteamiento para un profesional sanitario cristiano es la competencia profesional. En mi caso, dar una buena docencia, donde el alumno es el centro. Pero entiendo que impartir una buena docencia en la Universidad (donde hoy se encuentra la Enfermería) no sólo es transmitir "saberes", que fácilmente se encuentran en los libros, ... sino que hay que transmitir valores. Entiendo que para ser, además, testigo, hay que utilizar más la vida que las palabras, porque los jóvenes con los que trato son mucho más sensibles al testimonio que a los discursos.

A los alumnos de Enfermería los preparamos para ser enfermeros/as y para que entiendan el sentido de cuidar, de acompañar, de ayudar al enfermo a hacer frente a los problemas que la enfermedad les plantea. Intento que ellos también se sientan cuidados por el profesor, por mi misma, para ello mi despacho está siempre a su disposición procuro que se encuentren con las puertas abiertas, Así entenderán mejor que cuidar implica entrar en relación con una persona o grupo, con el objeto de ayudarle a satisfacer sus necesidades de una manera integral.

Trabajo a diario en la Escuela con el convencimiento de que el profesor ha de ser el tutor del alumno y de sus derechos y que, además, tiene que sentarse en la otra silla, ponerse en el lugar del alumno, es decir, empatizar.

Puede parecer difícil armonizar el rigor universitario y la seriedad de la docencia y a la vez tener un trato de cercanía con los alumnos; pero en mi experiencia, puedo decir que esto es fácil, porque son los propios alumnos los que consiguen el equilibrio. Aprendo a diario valores que intento practicar con ellos: Tolerancia, Flexibilidad, Acogida, Comprensión, Solidaridad.

No obstante, a pesar del tiempo transcurrido, tengo que seguir haciendo camino en el día a día para conseguir llegar a la meta. No puedo, ni mucho menos, entonar el "Todo está consumado", porque en

la lucha cotidiana y en la reflexión diaria compruebo que, como dice San Pablo en su epístola a los romanos: "No hago el bien que quiero y hago el mal que no quiero", y confío en el Señor que es mi luz y mi salvación y a Él le encomiendo todos mis proyectos.

EL CONTACTO CON LOS POBRES CAMBIA LA VIDA

Rudesindo Delgado, Consiliario
Boletín PROSAC 11/99

Memoria de mi corta pero gozosa experiencia misionera en la ciudad de la eterna primavera.

La gratitud va ocupando más espacio en mi existencia. Gratitud por todo y por todos. En estos últimos tiempos Dios me ha enriquecido con tres espléndidos regalos: la visita a Cuba con el Hno. Miguel Martín, la peregrinación a Tierra Santa con los PROSAC y el viaje misionero a Bolivia.

Este último es el que ha dejado en mí una huella mas profunda. Era la primera vez que visitaba un país pobre, del Tercer Mundo. Invitado por mi amigo Raúl, misionero en una parroquia de barrio a las afueras de Cochabamba, me fui a estar dos meses con él y con los compañeros de la misión. Me propuse tres objetivos: colaborar en las actividades de la parroquia, ofrecer a la Iglesia local mi experiencia y conocimientos en pastoral de la salud y ver posibilidades concretas de colaboración de los PROSAC en el campo sanitario.

Me costó unos días adaptarme a la altura, Cochabamba está a 2.500 m. No faltó la colitis que te deja sin fuerzas. Pero las hiervas hacen milagros y poco a poco me fui metiendo en faena: contacto con la gente del barrio, con los grupos de acción social de la parroquia y de la vicaría, charla a todos los sacerdotes de la diócesis, comunión a enfermos, visita de varios hospitales, residencias de ancianos y centros de discapacitados profundos, taller sobre pastoral de la salud a los seminaristas del último curso del Seminario Nacional de Bolivia, charlas a todas las alumnas de la Escuela de Enfermeras de la Universidad Católica, celebración de los 21 años de la Fraternidad Cristiana de Enfermos y Minusválidos, convivencias con jóvenes, etc. Conocí a la hermana Teresa Boada, de Jesús María, y la obra impresionante de promoción rural que está realizando desde los años 70. Visité una de las comunidades rurales atendidas por la Fundación San Lucas (Un Servicio de Salud Integral del Arzobispado) con Carlos y su mujer Teresa, coordinador responsable médico respectivamente de la misma.

Ver, tocar, oler, palpar un mundo pobre en recursos materiales pero rico en valores (hospitalidad, sencillez, alegría de vivir, gratitud...) te deja «tocado», «sanamente tocado» por dentro. Nunca olvidaré las miradas de los niños, las lágrimas de las muchachas/os llorando por la falta de amor en sus casas, la sentimiento religioso de las gentes, las eucaristías vivas y bulliciosas de los jóvenes, los besos de los niños en el momento de la paz, el agolparse de la gente al final de la misa para recibir el agua bendita.... Tampoco las casas humildes del barrio, las salas corridas del hospital, las calles empedradas y llenas de polvo, los perros famélicos, los olores, etc.

Gracias a esta experiencia boliviana, hoy valoro y disfruto más lo que se me ha dado, veo los rostros y la situación de los desfavorecidos invitándome a compartir con ellos mi vida, a ser más generoso y a luchar para que puedan salir de situación. El recuerdo de «misioneros» con rostros concretos (Raúl, Alfredo, Lola, Teresa Boada, etc., etc.) me estimula a vivir más entregado, más desprendido, más solidario.

Gracias a este tiempo de convivencia con mis hermanos/as, compartiendo actividades, pastorales, tareas domésticas, preocupaciones e inquietudes, proyectos, impresiones, paseos y ratos de relax... he experimentado también lo hermoso que es vivir los hermanos unidos.

«Volveré», dije al despedirme. Espero hacerlo con un grupo de PROSAC. Así podremos conocer juntos la realidad e iniciar una colaboración organizada y permanente con las personas e instituciones que luchan en aquellas hermosas tierras por atender a los enfermos necesitados, que son la mayoría.

MI FUENTE DE ENERGÍA

Ana Jiménez, Enfermera (Lleida)
Boletín PROSAC 12/99

*Dios, una «presencia» que va conmigo y me impulsa a trabajar por los demás.
Ser feliz trabajando por los demás da sentido a mi vida.*

Hace un tiempo me pidieron que escribiera para el Boletín cómo vivo mi vida y, más en concreto, mi profesión de enfermera. Le fui dando largas, porque... la verdad es que no sabía qué contar. Sentí lo mismo que cuando, con ocasión del 25 aniversario de la parroquia de Santa Teresita, a la que estamos vinculados, se nos pidió a Juan, mi marido, y a mí que habláramos sobre cómo vivimos el cristianismo.

A raíz de esta dificultad, me pregunté a misma: ¿porqué no puedes explicarlo?, ¿qué es lo que te lo impide? ¿Si los demás lo pueden hacer, por qué tú no? Y tras darle vueltas en mi cabeza a estas preguntas me decidí a escribir.

No puedo separar mi vivencia cristiana de mi vida, pues van unidas, son una sola cosa. Trato de vivir siempre como cristiana: cuando estoy en casa haciendo la faena, cuando voy a hacer la compra, cuando hago la comida para mi familia, cuando voy a buscar los niños al colegio para llevarlos a sus actividades extraescolares, cuando trabajo en el hospital con los enfermos o con las personas que tengo a mi cargo, cuando hago alguna labor de voluntariado, por ejemplo: ARRELS (centro de acogida para los sin techo).

Desde pequeña, no sé precisar desde cuándo, siento una "presencia" que va conmigo y me impulsa a trabajar por los demás, me juzga cuando hago cualquier cosa, me obliga a ser coherente. Cada vez que voy a juzgar a alguien automáticamente me digo: ¿y tú qué habrías hecho en su lugar? Esta "presencia" la identifico con Dios. Así que no puedo separar mi vivencia de la fe de mi vida. No sé qué actividades realizo o que actitudes tengo por mi condición cristiana y cuáles por mi condición humana. No puedo imaginar qué haría si no fuera cristiana.

Pero no siempre me resulta fácil sentir esa "presencia". En mi vida hay muchas horas bajas. A veces "la presencia" se ausenta, se va de mi lado, no la siento. Entonces nada tiene sentido, veo la vida vacía y triste y me falta motivación para el trabajo, para luchar, para amar. En estas horas bajas es cuando valoro más esa "presencia" que me falta, como se valora más la salud cuando se está enfermo.

Afortunadamente cuento con la gran ayuda de la oración en la que pido a Jesús que no me abandone, que necesito su fuerza para seguir viviendo y trabajando. Me ayuda muchísimo la energía que desprende Juan, el verlo incansable siempre, trabajando sin parar. También el ver crecer a mis cuatro hijos sanos y fuertes como personas, felices unas veces, otras no tanto, pero siempre con recursos para superar sus días bajos. Por todo esto doy gracias a Dios continuamente y le pido que ayude a mis hijos a ser felices trabajando por los demás, ya que ése es el sentido de nuestras vidas.

Es curioso que no había reparado antes en esta "presencia". Ahora soy consciente de que es mi fuente de energía. Doy gracias a Dios por regalármela y le pido que me acompañe siempre.

REFLEXIONES EN UNA NOCHE DE URGENCIAS

José Abel Herce. Enfermero. Madrid
Boletín PROSAC 13/2000

Trabajar con jóvenes es apasionante. Mi opción y servicio a los enfermos y a los alumnos de enfermería.

Trabajo **como enfermero** de Urgencias en el Hospital La Paz de Madrid Son las cinco de la madrugada y estoy en este momento de guardia. En la calle está lloviendo. Es un viernes por la noche y los riesgos de accidentes aumentan. Acabamos de subir a un chico de 22 años a hacer un escáner. Y

yo aquí mientras tanto, ¿qué hago muerto de sueño? La primera respuesta sería esperar que den las ocho y venga pronto el relevo. Pero, ¿hasta esa hora?

Mi deber es estar al servicio de la vida, de la vida de todos los que esta noche entren por esa puerta: magrebíes apaleados, alcohólicos solitarios, jóvenes irresponsables o abuelitas con la cadenera rota. Un profesional de la salud y de la sanación. Debiera conocer los tratamientos y la importancia del valor de mis cuidados y adoptar una asistencia integral a todos ellos.

Pero, eso ya lo hacen mis compañeros tan bien o mejor que yo. Ellos saben que soy creyente y me exigen más y yo también debiera exigirme más. Alguien desde la fe y encarnado en los enfermos me reclama.

Cuando por las Urgencias ves tanto dolor, tantas preguntas sin respuesta, tantas familias deshechas, tantas vidas desaprovechadas y a la vez te ves inmerso en un complejo hospitalario tan grande y tan frío, tan despersonalizado y tan desmotivado... te planteas tantos interrogantes...

Muchas veces no obtengo respuesta pero ¡sigo adelante! Por mi formación adolescente, de momento me obligo a ser responsable con mi trabajo y a ser muy educado y respetuoso con quien tengo delante; en definitiva a ser muy humano, a compartir su problema y tratar de llevar un poco de consuelo y de luz. Me gustaría saber transmitir esa cercanía, ayuda y respeto que necesitan.

Luego, en mi interior, una fuerza me pide más; el "*Haced lo que El os diga*" de las bodas de Caná y más viniendo de una Madre no se puede negar, y como riojano que soy aquello de "Yo soy la vid y vosotros los sarmientos..." ya es demasiado! ¿Qué me está pidiendo el Señor de la viña en cada momento? Guiarme por el Espíritu de Dios y ser consciente que en este mundo tan dificultoso de la salud-enfermedad debo llevar una palabra, una realidad de vida que haga referencia a la Buena Nueva de Jesús. Hacer realidad los gestos de Jesús aquí y ahora. Es difícil pero es un compromiso y una opción.

Mañana tengo clase con 3.º en la Escuela de Enfermería de San Juan de Dios. Voy a hablar sobre cuidados paliativos a futuros profesionales del 2.000, nueva juventud llena de ilusiones y esperanza en el mañana aunque con pocas perspectivas laborales. Es apasionante el trabajar con jóvenes y una oportunidad más de dar testimonio de mi opción de vida como PROSAC; pero a la vez qué responsabilidad! Enseñar que es más importante coger la mano moribunda, un gesto amable, una sonrisa que todas las medicaciones posibles. En un mundo tan tecnificado en el que ya casi todo es posible cuesta creerlo... Queremos hacer cosas, muchas cosas y en ocasiones sólo con saber escuchar, saber estar es más que suficiente.

Enseñarles a ser **servidores** competentes y dedicados, promotores de la humanización de la asistencia, defensores de los derechos de los enfermos, trabajadores de una sociedad más sana y luego a ser **profetas**, testigos de Jesús en el mundo de la salud. Claro, que para enseñarlo tengo que vivirlo yo y eso no siempre es fácil: yo también tengo limitaciones y a veces estoy necesitado de esperanza y de ilusión en grandes dosis. Un tratamiento intensivo a base de oración y confianza plena en Dios suele servir.

En la ofrenda al apóstol Santiago pedíamos que queríamos ser testigos de Jesús y de su Evangelio en el mundo sanitario. Que al vernos a nosotros, lo vean también a El, el único Camino que conduce a la salud y la vida verdadera. Pero yo también puedo estar en momentos ciego y no ver quien tengo delante y debo decir como el ciego de Jericó: "Señor, que vea... !"

Os dejo, que baja el chico del escáner, voy a ver qué tiene, ahuecarle un poco la almohada y localizar a sus padres que le estarán esperando. Son las seis y cuarto y en seguida amanecerá.

SER OBISPO DESDE LA DEBILIDAD

Mons. Javier Osés, Huesca
Boletín PROSAC 14/2000

Experimenté que nuestro Dios, Creador y Padre, es realmente el Dios de la Vida. D. Javier Osés nos ofrece a los PROSAC su experiencia de la enfermedad

Con cierto rubor comunico mi testimonio. Tuve, inesperadamente, una trombosis pulmonar. En los primeros momentos noté que la vida se me escapaba. Pensé que el don precioso de la vida, que Dios me había dado, debía cuidarlo. Mi hermana llamó al médico de cabecera que se presentó en casa a toda velocidad. Eran las diez de la noche. En cuanto me vio, dijo que debíamos ir urgentemente al Hospital. En su coche, mi hermana y yo, llegamos a urgencias donde ya me esperaban. El rito de los análisis y primeras medidas, lo sabéis muy bien. Un médico, buen cristiano, se me acercó y me dijo: Se lo agradecí, pero no perdí la calma. Experimenté que, en ese momento, Dios es la ayuda más profunda y decisiva y que la salud, para un cristiano, es bastante más que el no estar amenazado de muerte y que nuestro Dios, Creador y Padre, es realmente el Dios de la Vida.

Me llevaron a la UCI, a la que tantísimas veces había entrado a visitar a los enfermos. Me di cuenta de que es totalmente distinto ver a los enfermos que verte enfermo en esas circunstancias de gravedad. Al poco tiempo, noté un cierto alivio, consecuencia indudable de los primeros goteros. Estar con enfermeras, para mí conocidas, con médicos, con los que tenía una buena relación, y saber que, en esos momentos precisamente, Dios se esmera más en hacer sentir la experiencia de su amor, me dio mucha paz. No tenía ganas de nada, ni de rezar, ni de pensar, ni de hablar. Sólo asomaban algunos sentimientos espontáneos referidos a Dios, a la familia, al personal que andaba por la UCI. Me bastaba saber que Dios me amaba y había que dejarle que fuese conmigo Padre. Vi con claridad que debía recibir los sacramentos de la enfermedad: me confesé, recibí el Viático, la Unción de Enfermos de manos del capellán y con la presencia de mis hermanos y del Vicario. Todo con paz, sin traumas de ninguna clase.

Superada la gravedad extrema, salí de la UCI a la planta. Veinte días en la cama y con goteros continuados, hasta que empezaron a levantarme. Me sentí un inútil total. Mis fortalezas, que parecían definitivamente instaladas en mi vida, eran total debilidad. ¡Qué verdad es –me decía con San Pablo– que la fuerza de Dios se manifiesta en la debilidad!

Al pasar los días y verme sin fuerzas y que las cosas propias del obispo estaban aparcadas, me pregunté: «Si Dios me ha enviado como obispo aquí a Huesca, si llevo ya cerca de treinta años en la diócesis, si he ido y venido sin trabas a tantos sitios, si con todo eso me parecía que cumplía con la misión de obispo, ¿no puedo seguir siendo obispo y hacer acaso un bien mayor a los diocesanos, desde la debilidad y desde el no hacer nada que merezca la pena? Sentí que Dios me quería así y lo acepté. Enfoqué mis largos ratos de silencio por la oración. Rezaba muchas horas, pedía por la diócesis, mi pensamiento de día y de noche eran los diocesanos.

Todo el personal del hospital me atendió con una gran cordialidad. Hice cuanto me dijeron, sus prescripciones eran para mí la manifestación más clara de la voluntad de Dios. Confié plenamente en ellos y cuando en algún momento vi que lo pasaban mal por mi situación, les animaba. Al principio me dijeron que si quería ir a otro hospital, a otros médicos... podía hacerlo con total libertad. Les respondí que mi hospital estaba en Huesca y que tenía plena confianza en el personal del mismo. Superada ya la gravedad, un médico me comentó en tono amistoso: si se nos muere el obispo, ya podemos coger las maletas y salir e aquí.

Doy muchísimas gracias a Dios. La enfermedad y la larga convalecencia me han servido para replantear más a fondo mi vida, para experimentar que la enfermedad y la salud son don de Dios, que la enfermedad baja los humos y que en la vida hay cosas que siguen siendo primeras y otras segundas o terceras. Dios, su bondad y su Reino, son lo primero.

Amigos y amigas PROSAC, sigo vuestros pasos, leo con fruición vuestra revista. Para todos y todas, mi recuerdo, oración y abrazo.

EL QUEHACER COTIDIANO DE UN MÉDICO DE ATENCIÓN PRIMARIA

Dra. María Dolores López. Madrid
Boletín PROSAC 15/2000

Procuro siempre mantener el contacto con el enfermo y su familia y ser un nexo entre su casa y el hospital.

Muchos piensan que en la Atención Primaria los enfermos se sienten menos enfermos y el médico menos médico, pero esto no es cierto. Normalmente es la primera instancia con que se encuentra el enfermo cuando precisa ayuda y la relación médico-enfermo se va haciendo con el paso de los días más estrecha.

Te llega el enfermo, solo o acompañado de algún familiar. Su enfermedad, generalmente, no es grave pero para el enfermo es muy importante: un gripe, una bronquitis, la "reúma" y así tantas otras variantes del dolor humano. Tratas de quitar la fiebre, disminuir la tos, aliviar su dolor. Unas veces se consigue. Otras te das cuenta de las limitaciones del saber humano, de que los estudios de Medicina no son suficientes para atender a los pacientes de una forma integral, y de que necesitas la ayuda de Dios para realizar tu trabajo lo mejor posible.

En la mayoría de los casos tratas esa enfermedad que un médico de hospital consideraría una bagatela, una tontería, pero que para el enfermo que te viene es algo importante, porque no le permite llevar su vida diaria de manera normal, le impide desarrollar su trabajo o hacerlo en duras condiciones, ya sea de forma temporal o permanente.

A veces, el enfermo tiene unos síntomas que te hacen sospechar que está tocado por algo más profundo. Mandas realizar unas pruebas, análisis, radiografías... Unas veces te alegras de que esas sospechas no se confirmen, pero otras... En estos casos no sabes qué palabras usar ("Hay que completar las pruebas, así que le voy a enviar a un hospital"), pero el enfermo, que no es tonto y se barrunta lo que tiene, te entiende y en muchos casos recibe tus palabras como una pesada losa.

Estos dramas, pequeños o grandes, también se dan en los "avisos", las visitas domiciliarias. El paciente y la familia te abre su casa y esperan de ti la curación de sus males; y eso intentas, claro está. Cuando ya has terminado la visita, los familiares agradecidos te quieren agasajar y compartes con ellos unos minutos de su vida, durante los cuales te cuentan sus cosas y te hacen partícipe de sus problemas, aunque nada tengan que ver con la consulta médica por la que fuiste. Y tú les das consejos como los daban aquellos entrañables médicos de pueblo.

Con alguna frecuencia visito en sus casas a enfermos de SIDA, la mayoría contagiados por relaciones homosexuales. Estos unen al dolor físico de una enfermedad que saben que puede ser mortal a un plazo más o menos largo, el dolor por el rechazo social que, afortunadamente, nuestra sociedad va suavizando. Necesitan más que nadie sentirse queridos y te piden que los aceptes en su enfermedad y les consueles.

A veces recibo avisos de residencias de ancianos, donde el enfermo suele estar con otros enfermos, dado lo avanzado de la edad de los residentes. Cuando visito una de estas residencias y observo con qué cariño se desvive la Hermana en la cura de las lesiones provocadas por el cáncer terminal en los abuelitos, pienso que ella es mejor que yo, pues su horario no es de ocho horas, como el mío, sino que puede ser de veinticuatro horas, toda la vida.

Uno de los momentos más difíciles para mí es cuando el inexorable momento final de un enfermo terminal me hace sentir el fracaso como profesional de la medicina. Comparto mi impotencia con el dolor de la familia. Me siento de algún modo parte de ella y al enfermo como mi prójimo.

COMO HE SENTIDO EN AMOR DE DIOS EN LA ENFERMEDAD

Isabel, Enfermera. Girona
Boletín PROSAC 16/2000

No voy a hablar de mi enfermedad sino de cómo me sentí amada por Dios en medio de tanto dolor, y cómo eso me salvó. Yo no sabía que El desde siempre me había estado amando. Ahora me he dado cuenta! Con todo lo que yo me proponía llegar a ser, me alejaba más y más del proyecto que Dios había pensado para mí. Yo no tenía ningún derecho a querer modificar sus planes. Sólo El, que me ha creado, sabe cómo soy en realidad.

Dios me amó con mucha paciencia

Fue un proceso largo y duro. Hacía falta reconstruir todas las ideas equivocadas que había ido adquiriendo durante no sé cuántos años. Dios fue muy paciente: Esperaba silenciosamente a mi lado, me vigilaba de cerca, pero al mismo tiempo no me ahorra las lecciones más duras y difíciles.

El amor de Dios me sostenía

Recuerdo esta sensación: mi vida colgada de un hilo muy delgado. Las fuerzas físicas al límite y muy cansada psíquicamente, por toda la lucha que estaba aguantando.

Me daba cuenta de que el hecho de caer y precipitarme no dependía en absoluto de mí. Había Alguien que me mantenía. Eso me hacía decir, sin dudas, que todo eso tenía que tener un sentido. Dios me quiso sostener porque me quería!

Dios me amó a través de los otros

En la fase más crítica, cuando parecía que Dios callaba, me habló y se hizo presente a través de muchas otras personas: La familia me venía a visitar, los amigos que sufrían al verme sufrir y se acercaban a mí sin preguntas y sin críticas, aquella señora de la limpieza, a la que esperaba impaciente cada día, que veía cansada, y me hablaba de su familia...

En ese tiempo de aislamiento, no encontré el Dios de las alturas, distante y lejano, que hace los milagros como por arte de magia. El Dios que me amó estaba a mi lado y me decía que descubriese primero su amor, que si era conveniente el milagro, la curación, ya vendría más adelante.

Dios me ama ahora

Ahora estoy bien. Tengo una gran alegría. Me fié de Dios, me dejé querer y cuidar, sin que mi actitud fuera pasiva, y se han realizado sus palabras. Me he acercado más a lo que El me pedía. El nos creó a todos muy libres. Yo había vivido atemorizada, esclavizada, buscando una perfección que no podía conseguir. El nos quiere contentos. Yo vivía en una gran tristeza. Me preocupaba mi limitación. Quería conseguir tantas cosas que vivía cansada, encerrada y angustiada. Ahora sé que Dios me ama como ama a todos, ni más ni menos, y tal como soy.

Dios me amará siempre

No puedo poner la mano en el fuego, pero después de todo lo que he vivido, siento dentro de mí una gran fuerza, una seguridad, una convicción que me hace decir que notaré el amor de Dios por siempre, pase lo que pase. Ya no tengo miedo de nada. El no me dejará, ahora lo sé a ciencia cierta.

Algunos textos de la Biblia que me han ayudado

En el desconcierto: “Si he hablado mal, prueba en qué; pero se ha hablado bien, ¿por qué me pegas?”. Jn 18, 23

Cuando a pesar de todo, yo creía y luchaba: Curación de la hemorroisa. Lc 8, 43-48

Cuando me doy cuenta de que no ha sido en vano: “Habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados”. Hb 2, 18

NUESTRA OPCIÓN POR PROSAC

Montse Esquerda, pediatra. José Pifarré, psiquiatra.
Boletín PROSAC 17/2000

Intentamos llevar los ideales de servicio a nuestro trabajo diario dentro de la sanidad pública

Decidimos estudiar medicina asombrados por los avances científicos de la época (principios de la década de los 80). Concebíamos la medicina como una ciencia, y pretendíamos ser científicos más que humanistas al acabar nuestros estudios.

Diversas inquietudes nos llevaron durante los primeros años de la carrera de medicina a entrar en grupos de revisión de vida de acción católica especializada, (concretamente del MUEC, o Movimiento Universitario de Estudiantes Cristianos). Estos grupos estaban formados por universitarios de distintas carreras guiados por un consiliario, y constaban de una parte muy importante de revisión de vida y de compromiso cristiano, y de otra de acción consecuente con este compromiso, tanto individual como

colectivo. Esta experiencia fue muy positiva, ya que nos abrió nuevas maneras de pensar a partir de las visiones particulares de los demás miembros de los grupos de revisión de vida y a partir de los hechos que iban surgiendo.

Poco a poco, sin darnos cuenta, surgió una doble transformación: por un lado, nuestro concepto de la medicina se hizo más humanista, en la cual existía una dualidad ciencia-arte, y otra dualidad enfermedades-enfermos, y por otro lado nuestros compromisos diarios nos labraron un camino en el que poco a poco nuestra idea de la medicina como profesión pasaba de ser un oficio, en el que se trabaja para obtener una remuneración y/o un prestigio tanto científico como social, a ser un servicio, en el que se trabaja para intentar servir a los demás de la mejor manera posible, pasando el interés económico y de prestigio a un segundo plano).

Este cambio iba paralelo a otro cambio más trascendente: el paso de un concepto del cristianismo más "pasivo" en el que uno se contenta con evitar hacer el mal y seguir la doctrina, al estilo de la parábola del hombre rico, a otro más activo, en el que el compromiso está presente, entre otros ámbitos, en el medio profesional.

A partir de estos cambios en la manera de pensar fuimos tomando distintas decisiones: ofrecer nuestras vacaciones para la ayuda de los demás (lo que se ha traducido en viajes de apoyo a diversas áreas desfavorecidas: Nicaragua, Guatemala, Tanzania), implicarnos localmente en nuestra ciudad en organizaciones de ayuda a los demás (Misiones, Médicos Mundi, Comité Oscar Romero, Grupo de profesionales católicos), y, probablemente la tarea más importante y a la vez más difícil de todas, intentar llevar estos ideales de servicio a nuestro trabajo diario dentro de la sanidad pública, tanto con los pacientes y sus familias como con los compañeros de trabajo.

Pero, todo esto no se puede hacer de forma aislada, sin revisión, ya que si no uno rápidamente puede caer en la trampa y hacerse un "profesional" del voluntariado, de manera que considere todas estas acciones como un trabajo, con o sin remuneración, y se olvide de la verdadera vocación de servicio. O lo que es peor, se puede "quemar" al encontrarse solo, obteniendo como único resultado distintas frustraciones. A partir de esta reflexión decidimos contactar con el grupo local de PROSAC, con el fin de no realizar esta aventura solos sino en compañía y con la ayuda de otras personas que, como nosotros, trabajan en el ámbito sanitario y tienen una clara vocación cristiana. Muchas gracias por habernos admitido entre vosotros, y esperamos que nos sigáis ayudando en nuestro camino.

DESDE MI PROFESIÓN

Begoña Husillos. Enfermera. Valencia
Boletín PROSAC 18/2001

Empiezan las andaduras el uno de julio de 1991. Primer contrato en Cuidados Intensivos (UCI). Son mis primeros pacientes críticos de todas las edades y sexos. Me sorprende la juventud de algunos: 16, 18, 23 años..., con patologías que actualmente se curan, pero ahí están, complicándose cada vez más. Me surgen las primeras incertidumbres. Cómo estando bien, en horas, pueden llegar a una situación crítica. Esto me puede ocurrir a mí... Mi vida entonces cambiaría. Y me voy dando cuenta que "la vida es bella".

Sigo en UCI. Hay pacientes con la misma patología y aproximadamente con la misma edad. Se realizan las mismas técnicas, se administran los mismos tratamientos, pero unos mueren y otros viven. Empiezo a preguntarme el por qué de estas situaciones. Seguramente, para unos ha llegado su hora y para otros todavía no. Me costó algún tiempo entender esto...

Sigo en el mismo servicio e ingresan pacientes con afecciones hematológicas, oncológicas, cardíacas, etc. Se nos plantean, a unos más y a otros menos, problemas éticos ¿Hasta dónde seguir reanimando a un paciente? ¿Hasta siete veces, como ocurrió una vez y el señor salió por su propio pie y vino a darnos las gracias? ¿Dónde está el límite en la administración de tratamientos curativos, cuando sabemos a ciencia cierta que pueden no ser efectivos y alargan el sufrimiento, ya no tanto para el paciente, si está sedado, sino sobre todo para la familia? ¿Por qué no dar cuidados paliativos? Una de las cosas que está asumida en el servicio es no administrar tratamientos desproporcionados.

Entonces es cuando empecé a soñar, que algún día se pudieran regular estos conflictos desde unos protocolos estandarizados, avalados por un comité de ética asistencial.

Los últimos días de la vida de nuestros pacientes críticos, los intentamos llevar con la mayor dignidad posible. En definitiva, algún día no muy lejano nos encontraremos con nuestro propio proceso de enfermedad y muerte y tendremos que tener claro cómo vivir estos momentos y qué posturas tomar. Y si no es con nuestra vida, será con la de nuestros familiares más cercanos.

Cuando una realidad de enfermedad toca en la propia carne o en la familia, muchos criterios, que creíamos tener superados, se nos derrumban. Vuelven a aparecer los dilemas éticos.

Y yo seguí soñando, hasta que después de nueve años y cuatro meses, desde que empecé a ejercer como enfermera, se hizo realidad el poder pertenecer a un Comité de Ética Asistencial. Ahora retrocediendo en el tiempo me doy cuenta de que:

– Nada ha ocurrido por casualidad: empezar a trabajar en UCI, estudiar Teología, sobre todo su base filosófica, en la que se fundamentan los comités de ética asistencial.

– Soy miembro de este comité en el hospital donde trabajo porque, años atrás, algunas personas de ese mismo hospital lucharon para que en el futuro existiera. Yo he recogido esos frutos.

– Todo lo que se sueña con energía, antes o después, se acaba consiguiendo, si está dentro de la historia de salvación que Dios hace con cada persona.

– A quienes me introdujeron en el camino conceptual de la bioética les estaré siempre agradecida.

En cierto modo, una retoma las fuerzas cuando ve que al andar se hace camino.

CUIDAR LA VIDA DE LOS NEONATOS

Dr. Arturo Fuentes Varela. ORENSE.
Boletín PROSAC 19/2001

En el Servicio de Neonatos del Complejo Hospitalario de Ourense, trabajamos un grupo de profesionales con años experiencia. Sacar adelante con vida muchos prematuros o recién nacidos enfermos o a nacidos, nos descubrió la necesidad de trabajar su calidad de vida: sanarlos en las mejores condiciones, ayudar a los padres a asumir su crianza, y sanar nuestra mente de profesionales, encerrados en ocasiones en el círculo del "fracaso" o en la desesperanza de ver un día con vida feliz y plena a estos niños.

¿Qué más podíamos dar a estas criaturas que no sea sólo lo que conlleva malestar y yatrogenia? Percibimos, por la experiencia, que muchos de estos niños al ir curando, no se nos entregaban con la docilidad con que lo suelen hacer los recién nacidos que no pasan por estas vicisitudes. Esta cuestión nos preocupaba, nos provocaba una mala imagen de "cuidadores a medias", y hasta incluso, era un factor de disensiones, de enfrentamientos entre los profesionales de la Unidad. Sentíamos la necesidad de integrar los adecuados cuidados técnicos con su cuota de "molestias y deshumanización", con un cuidado tierno, delicado, personalizador, empático,...

Convencidos de que podíamos dar una respuesta más global al niño y a sus padres, cuatro enfermeras y un pediatra del Servicio tomamos la iniciativa de ponernos al día y durante dos años consecutivos nos fuimos preparando en psicomotricidad. El curso nos aportó multitud de instrumentos para ser "buenos cuidadores": lenguaje, capacidad de análisis, pedagogía para explicarlo y bibliografía para ampliar nuestros conocimientos.

La experiencia nos enseñó a:

– Valorar al recién nacido como un ser humano en desarrollo, que precisa de un ambiente y unas relaciones personales para crecer como persona y desarrollar sus potencialidades implícitas.

– Cambiar nuestras actitudes con los padres: implicarlos en los cuidados del niño, abrirles la Unidad, estar a su lado, hablarles de su niño, ofrecerles recursos para un manejo eficaz de sus hijos y, en casos, a compartir su dolor.

– Implicar a la gerencia para adecuar la Unidad a esta dinámica de cuidados y atenciones.

– Mejorar la relación con la Unidad de Atención Temprana para hacer fluidas las interconsultas.

- Adecuar el ambiente de la Unidad a las necesidades de los niños: luz-penumbra, silencio-ruídos-alarmas, temperatura, corrientes de aire, acomodo en cunas térmicas e incubadoras con colchones maleables, "donuts", almohadillas, sábanas. Desechar ataduras innecesarias.
- Analizar y tomar de conciencia de cómo cogemos al niño en brazos, le damos el biberón o la alimentación por sonda, lo "calmamos" a la hora de intervenciones dolorosas o molestas, de cómo lo bañamos, qué tiempo de calidad le dedicamos, cómo le hablamos, cómo le dejamos en su cuna o incubadora y le permitimos experimentar el espacio y los límites para reconocerse.
- Abandonar las rutinas y personalizar lo más posible nuestra atención y cuidados de cada niño, teniendo en cuenta su tono, su ritmo, sus necesidades.
- Nuevos motivos para aprender más, para la formación continuada, para estar al día lo más adecuadamente posible.
- Tomar conciencia de nuestro trabajo en equipo, de la mutua colaboración e interprofesionalidad.
- Acoger bien al personal nuevo y formarlo para desempeñar su trabajo.
- Exigir recursos personales de calidad y no meras suplencias de número.
- Tener en cuenta nuestras necesidades actuales como profesionales.
- No soslayar los problemas que existen para responsabilizarse y caminar hacia un futuro siempre actualizado.

LA FE ME LLEVA A VIVIR CON ESPERANZA Y MANTENER LA UTOPIA

María Jesús Goikoetxea. Psicóloga, Master en Bioética Psicóloga, Master en Bioética y Responsable del Servicio Religioso del Hospital Psiquiátrico Santa Agueda. Mondragón. Esposa y madre de una hija.. Esposa y madre de una hija. Boletín PROSAC 20/2001

Hoy por la mañana creo que mi fe me exige vivir con esperanza, mantener la utopía, ensanchar los límites y los horizontes, en definitiva, creer en Dios, en cada ser humano y en la humanidad.

Esa creo que es la llamada de Dios para mí, hoy a la mañana. Una mañana que ha amanecido llena contradicciones y dolor en mi hospital, un hospital fundamentalmente dedicado a la asistencia en salud mental.

Es casi verano y estamos de reestructuración. Los enfermos mentales casi siempre están de reestructuración, probablemente porque su enfermedad ha afectado, no a una parte de su vida (a un órgano, a unas ideas, a unos afectos), sino a la estructura donde situar, y así dar sentido a la vida entera (a los órganos y al cuerpo, a las ideas y valores, a los afectos y los odios).

Hoy, la tentación de tirar la toalla, de abandonarse sin más, se respira en el ambiente. Se nota el cansancio que en algunos ya es hartura. Demasiado tiempo "peleándose" con la cronicidad de la enfermedad mental y del hospital psiquiátrico. Pacientes y profesionales cansados de que la salud mental siga discriminada en la asistencia y la asignación de recursos socio-sanitarios. Desanimados por tener que renunciar a proyectos y posibilidades que quizá harían más digna la vida de las personas. Temerosos porque la eficacia y la eficiencia se conviertan en los únicos indicadores para valorar la calidad de una vida, sea la del paciente, sea la del profesional que le atiende cada día.

Frente a ello el Dios de Jesús me llama hoy a vivir con esperanza y en gratuidad, recuperando el fundamento de mi misión de agente de pastoral (continuar la misión de sanar y salvar) y de mi compromiso con la ética asistencial (responsabilizarme de que todo ser humano sea tratado con igual consideración y respeto). Su llamada se concreta hoy para mí en algunas tareas:

- Motivar e ilusionar al nuevo agente de pastoral que hoy llega al servicio, recordándole que todo ser humano es trascendente y tiene capacidad de captar, de algún modo, el gozo de sentirse amado por Dios, si nuestra pastoral está encarnada y se plantea con calidad. Aún más, convencer de que son exigibles los recursos necesarios para que cada bautizado, independientemente de su apariencia y su limitación, pueda vivir su fe con la mayor plenitud posible.

- Resistirme a aceptar la realidad tal cual es, intentando ensancharla al menos un poco con mi trabajo pastoral y mi presencia en la reunión del Comité de ética asistencial.
- Testificar la presencia gratuita del Dios de la vida “permitiéndome” tomar un café personalizado con un paciente a pesar de que me falta el tiempo para acabar “los trabajos pendientes” antes de irme de vacaciones.
- Recordar y recordarme que detrás de cada decisión hay personas afectadas que tiene derecho a ser escuchadas y participar en la deliberación.
- Creer que cada persona tiene posibilidad de cambiar, de sanarse, y relacionarme con ella teniendo presente esa posibilidad y poner los medios para que así sea.
- Realizar mi trabajo con responsabilidad y calidad, poniendo lo mejor de mí misma, de mis conocimientos, de mi personalidad, de mis habilidades y de mis aptitudes al servicio de mejorar la calidad de vida de las personas que sufren la enfermedad mental
- Seguir cada día preguntándome qué debo de hacer, sin dar por supuesto que la respuesta debe ser la de siempre y arriesgándome a nuevos modos de estar y de actuar.

Esta es mi manera de entender mi tarea hoy: seguir creyendo que es posible la salvación de Dios y seguir buscando modos nuevos de hacerla brotar y crecer en una realidad “cronificada”, que parece tiende irremediamente a la disolución, como es la enfermedad mental.

ASÍ VIVIÓ SU ENFERMEDAD Y SU MUERTE D. JAVIER OSÉS

Margarita Osés

Boletín PROSAC 21/2001

El talante y estado de ánimo de Javier ha marcado su forma de vivir la enfermedad y también la nuestra. Ante el ambiente de cariño, compañía y cuidados de la familia y otras personas, decía que era un hombre privilegiado. Recordaba a las personas que están solas, que no son bien atendidas y a los que no tienen fe, y decía lo duro y difícil que les será afrontar la enfermedad.

Javier consideraba que la enfermedad era otra forma de vivir, que entraba en los designios de Dios. Hay que acogerla porque Dios está en ella y en todo momento de nuestra vida.

Nunca le vimos triste ni quejarse. Le gustaban los ratos de silencio contemplando la naturaleza. Hablábamos con toda naturalidad de la enfermedad. Nos íbamos preparando y mentalizando para el momento final. “No hay que temerlo -nos decía- porque es la Nueva Vida que Dios Padre nos tiene preparada.”

Javier era sencillo. Reconocía y aceptaba las limitaciones que le iba dejando la enfermedad. Seguía con fidelidad lo que le mandaban los médicos. Las visitas, llamadas telefónicas, cartas... le alegraban siempre. Era positivo porque le ayudaban a trascender más allá de los límites de su enfermedad.

Los dos últimos meses, pasados en la Clínica, fueron muy duros y dolorosos. Estábamos tristes y deprimidos, con mucho dolor, al ver que lo pasaba mal. Un día a primeros de septiembre, de manera casi inesperada, con mucho coraje y serenidad nos dijo que moría y se despidió de todos diciéndonos que había llegado el momento más importante de su vida. Pidió el crucifijo, lo besó y con voz clara y firme dio gracias a Dios por la familia, por ser cristiano, por haberle llamado Dios al sacerdocio, por ser obispo de Huesca. *“Ofrezco mi vida por los sacerdotes y por los oscenses. Gracias, Señor, porque me llevas contigo.... Tengo mucha paz y alegría. Dios es Amor y es Paz.... Buscad siempre a Dios y su voluntad. Vivid para El. Preocupaos de los demás y dejad que la vida vaya transcurriendo. Mi vida ha estado en Dios. He vivido para El y ahora me lleva con El. Estoy feliz. Feliz es sentir a Dios en nuestra vida... Agradeced a Dios que está con nosotros y nos tiene con El... Pedidle que mañana sigamos viviendo con ilusión y esperanza porque El es Padre que nos ama y acompaña...”*

Javier ha marcado con su bondad nuestra vida, nuestras actitudes y criterios y nos ha llevado a vivir con más hondura la relación con Dios y con mayor sentido el día a día. El tiempo vivido en esta larga enfermedad de Javier ha sido muy enriquecedor: Lo consideramos una gracia, un regalo grande del Señor, el paso de Dios en la familia. Se ha reavivado la fe en nosotros.

ORO PORQUE VIVO Y VIVO PORQUE ORO

Rafael Cía. Médico. Sevilla
Boletín PROSAC 22/2002

Cada mañana leo las lecturas de la misa, los comentarios a las mismas y medito sobre ellas. Procupo quedarme con algún pensamiento que me acompañe a lo largo de la jornada y en mi interior recuerdo la oración del Cardenal Newman, que le gusta tanto a Adela, mi mujer.

*Guíame, luz bondadosa.
Las tinieblas me rodean,
guíame siempre adelante.
Es oscura la noche
y me siento lejos del hogar.
Guíame Tú.
Protégeme al caminar.
No te pido ver en el futuro,
solo un paso aquí y ahora.
Olvídate de mi pasado.....
Y mientras acaba la noche,
los rostros de los ángeles
-que tanto amé y perdí por un momento-
sonreirán de nuevo.*

El libro "Tu eres mi amado" de Nouwen, propuesto por José María Rubio para comentarlo en la reuniones de PROSAC, me hizo un inmenso bien al leerlo. Siempre identifiqué al amado como Jesús de Nazaret. Yo era alguien que tenía que realizar continuos esfuerzos para acercarme al amado. Pero la traducción que me sorprende es "yo soy el amado", "tú eres el amado". Desde que de mi inmadura fe me di cuenta de esta frase, la esperanza se fue adueñando de mi corazón. Si yo soy el amado, van desapareciendo los verbos tener que, deber... y el amor lentamente se va extendiendo por cada fibra, por cada célula de mi ser y lentamente voy saliendo de mi depresión y siendo mas congruente en mi vida en relación con los demás y conmigo mismo.

Como tan bellamente expresa Martín Descalzo en su poesía "La visita a la catedral"

*Recuerdo que mi madre la mano me apretaba
como abrazando mi alma y que decía
"Mira aquí está Dios, Dios", y que tenía
temblor su voz, cuando lo mencionaba.
Y yo buscaba al Dios desconocido
En los altares, sobre la vidriera
En que jugaba el sol a ser fuego y cristal
Y ella añadía "No lo busques fuera
cierra los ojos, oye su latido.
Tú eres, hijo, la mejor catedral"*

Somos, como dice Nouwen, elegidos, bendecidos, rotos por las circunstancias de la vida, y en ese vacío de la rotura, ya ligeros de equipaje, vamos llenándolo poco a poco de Dios para ser

Creo que en esta tesitura que atravieso me toca vivir la humildad, no hablar de ella. Esto ya me va uniando al mañana. "El poder real del médico –dice el P. Marchesi- no está tanto en las manos de la técnica sino en su potencial de humildad".

Vivir la realidad de cada día con idéntico amor las cosas pequeñas. "Convertirse en el amado –dice Nouwen- es hacer descender la verdad que se me ha revelado a la realidad ordinaria de lo que soy de hecho, a lo que pienso, a lo que hablo y lo que hago hora tras hora."

Creo que voy poco a poco abandonando el evangelio del joven rico, para irme sintiendo identificado con el regreso del hijo pródigo. Y los médicos tenemos la inmensa fortuna que allá donde estemos siempre existen enfermos y ellos son nuestros auténticos maestros. Por tanto nunca dejamos de

aprender. Caminando paciente, humildemente con los pobres aprendemos en qué podemos ayudarles después de haber aceptado recibir primero de ellos.

Jesucristo es la solución del ayer, hoy y mañana y estos tres tiempos se aúnan en la autenticidad, viviendo intensamente el presente.

Termino con la manifestación más emotiva. Adela, el ángel que Dios me dio, goza de buena salud y ella es la auténtica protagonista de mi charla y de mi vida. En este año estamos celebrando el XXV aniversario de nuestra boda, alegría e ilusión, que compartimos en este momento con todos vosotros.

SANAR CON LA MIRADA

Adela Jimenez Romero Enfermera, Sevilla
Boletín PROSAC 23/2002

Los profesionales sanitarios somos testigos de la importancia que la visión tiene para nuestros pacientes. El que ve y experimenta la vida por los ojos conoce el supremo valor de la mirada y por eso en la enfermedad es tan importante el gesto, el espejo silencioso en el que los pacientes buscan las palabras que los profesionales no decimos, los esperanzadores rayos del amanecer que no asoma en nuestros labios.

Los ojos son los primeros testigos de nuestras más queridas verdades. Vivimos ansiando ver por vez primera al hijo que esperamos y por volver a ver al amigo que se fue; vivimos rodeados de retratos, paisajes y recuerdos en los que la mirada encuentra el sentido y el gozo de la vida; sentimos la pérdida irremediable de un ser querido como la ocultación definitiva de aquel que ya no volveremos a ver.

La mirada de los PROSAC debe ser como la de aquellos primeros testigos de nuestra Iglesia que fueron capaces de contemplar en la soledad de un "sepulcro vacío" la gloria del Resucitado. Así nuestro testimonio llenará de claridad y de alegría el irremediable sufrimiento de los hombres.

Deli, Profesional Sanitaria de Sevilla, nos transmite este testimonio de su vocación contemplada con los ojos del cuerpo y del alma como un todo único e inefable que alcanzamos también nosotros a vislumbrar por la clara sencillez de sus palabras.

En mi vida familiar, me enseñaron que debía ser útil a mis semejantes y amarles. El ejemplo de algunos profesionales de la medicina, familiares míos, y el vivir parte de mi niñez y juventud frente a un hospital, fue lo que desarrolló en mí la vocación por enfermería.

Cuando me propusieron en mi vida profesional cubrir la plaza de enfermera en la Consultas de Oftalmología del Hospital Universitario Virgen Macarena de Sevilla, entré en un estado de zozobra y miedo que manifesté a la Jefatura de Enfermería, pues de ello sólo sabía la materia que nos habían impartido en la asignatura y el cuidado ocular que hay que tener en el transcurso de una intervención quirúrgica. Este miedo fue desapareciendo de manera reflexiva, gracias al consejo de mis superiores, mi compromiso de vida profesional y sobre todo mi confianza en Jesús; Él lo quería así y lo acepté. "Haced lo que Él os diga".

Mi formación fue un reto personal y un encuentro con Jesús en todos y cada uno de los diferentes enfermos que iba encontrando en mi camino. En Oftalmología se atienden pacientes de toda índole, edades y sexo, desde el prematuro al anciano, seres humanos que necesitan de mí. En mi trabajo diario, además de cuidar que todos los equipos de exploración y tratamiento e instrumental estén a punto, procuro dar un trato personalizado y de escucha, tanto al enfermo como al familiar.

Acostumbro a mirar atentamente a la persona a los ojos de manera acogedora e intento escuchar los mensajes que me proporcionan, para así detectar sus necesidades. Veo cómo su mirada de angustia, de ansiedad y de miedo va dando paso a una mirada más abierta, de confianza. Mejora así la relación y eleva la calidad asistencial. Se respeta la dignidad humana y se reconoce su capacidad de decidir, enseñándoles cómo adaptarse a su nueva identidad y procurando su cooperación en el proceso de curación.

Como cristiana, agradezco a Dios todos los días la enseñanza que me dan los pacientes, porque en ellos está Él. Yo lo veo en ellos porque la vida divina tiene su desarrollo en la humana y Dios obra a través de las personas. Mi obligación es brindar a mis enfermos un trato humano, responsable y de calidad que sea sanación para ellos y, gracias a ellos, también para mí.

PROSAC ME AYUDA A MANTENER UNA ACTITUD DE SERVICIO EN EL MUNDO SANITARIO

Francisco Javier Rivas Flores
Boletín PROSAC 24/2002

Cuando me pregunto, o me preguntan, por qué actúo como actúo, encuentro la razón en mi historia y trayectoria vital. Tuve una experiencia muy fuerte en los grupos juveniles que se iniciaban en el Colegio a la luz de las líneas marcadas por el Concilio Vaticano II. En esos años integré como algo que ha marcado mi forma de vida: la actitud de servicio, encarnada en la disponibilidad hacia los demás y hacia la Iglesia, que implica estar atento a las necesidades del mundo, responder donde uno está y reconocer que somos llamados a continuar la obra creadora del Padre.

Esta visión me llevó a participar en PROSAC como una consecuencia lógica de mi trayectoria vital. Porque para mí en PROSAC se unen profesión y vocación, compromiso y responsabilidad, contemplación y acción.

Si, como dice el Concilio Vaticano, tenemos que estar atentos a los signos de los tiempos, éste es un momento en el que se hace más perentorio. Es aquí donde noto la importancia que tiene el que seamos puente entre la Iglesia y el Mundo, entre la sanación corporal y la sanación espiritual. De ahí que mi trabajo en el hospital no se limite sólo a la labor asistencial sino que me lance a participar en el Consejo de Pastoral fomentando la formación. Igualmente, en la actividad docente que desarrollo en los Centros de San Juan de Dios, trato de que los alumnos aprendan no sólo los aspectos técnicos sino de que vivan y compartan valores que les ayudarán en su vida profesional.

Otro de mis compromisos es participar en distintos foros de Bioética. Trabajo en el Comité de Ética de la Provincia de Castilla de los Hermanos de San Juan de Dios (CECAS), en el que se busca iluminar la compleja toma de decisiones clínicas, nada fácil ya que entran en juego valores personales y creencias, hay que ser crítico ante los estamentos de poder y defender al hombre por encima de otras circunstancias y ayudarle en su sanación. Estoy en la Cátedra de Bioética de la Universidad Pontificia Comillas y soy miembro activo de la Asociación de Bioética Fundamental y Clínica.

Por último, y no menos importante, está mi compromiso con mi familia: dedicarle tiempo, atenciones, compartir los mismos valores, contar con su apoyo y respaldo.

La oración y la confianza plena en el Padre que me ama, en el Hijo que me marca el camino y en el Espíritu que me acompaña y me alienta, así como María y su ejemplo de servicio y la disponibilidad, me ayudan a no quemarme en mi profesión.

UN GRANITO DE ARENA EN MEDIO DEL DESIERTO DE LA MISERIA. Nuestra experiencia en la República Dominicana.

Pilar Criado, Logroño
Boletín PROSAC 25/2002

Desde hace más de 10 años colaboro con la Comisión Anti-Sida de la Rioja, trabajando junto a enfermos y afectados por dicha enfermedad, en su prevención y en la concienciación social para evitar la marginación de estos enfermos. La cercanía y apoyo a estas personas, con situaciones personales, familiares y sociales muy difíciles nos plantea siempre nuevos retos.

Afortunadamente creo que se han conseguido avances en este campo. La aparición de nuevos tratamientos ha dado un cambio sustancial al problema, y los enfermos experimentan mejoras evidentes en su estado físico y en su calidad de vida. Aún falta que se considere socialmente al SIDA como una enfermedad y que nadie sea discriminado por ella.

En esta actividad nos preocupaba que los avances sólo eran para los países desarrollados, y sin embargo, poco o nada ha cambiado en el tercer mundo: en estas áreas los enfermos carecen de todo. La gran mayoría no tienen acceso a ningún medicamento por su elevado costo. Las leyes del mercado, la política neoliberal, los beneficios de las grandes empresas, ponen en manos de los países ricos soluciones vedadas para otros. Es una gran injusticia que exige ser denunciada ante los organismos internacionales, ante nuestros gobiernos, y que exige también solidaridad entre las personas.

En este contexto, se nos propuso poner un granito de arena en la República Dominicana, un país en vías de desarrollo y como muchos, con grandes posibilidades de salir adelante. Allí, oficialmente los fármacos frente al SIDA no existen, la prevalencia del SIDA es media (un 2-4%), el contagio es fundamentalmente por vía sexual, y no existía un plan de prevención de la enfermedad.

Desde hace 3 años se inició un Programa de atención y tratamiento de mujeres embarazadas seropositivas para prevenir la transmisión vertical del SIDA, es decir, el contagio de madre a hijo en el momento del parto. Este programa, financiado por el Gobierno de la Rioja a través de Cáritas Diocesana, y en el que nosotros aportábamos la metodología y la medicación, se iba a iniciar en un barrio de la capital, pero se presentó a las autoridades dominicanas y se ha realizado un plan para su desarrollo en toda la República.

El programa, y la excusa de tener algo que ofrecer a las embarazadas, ha servido de base para realizar campañas de prevención, sensibilización del problema entre los jóvenes, chequeo del VIH en todas las embarazadas (el 90% da a luz en maternidades públicas), charlas de explicación de qué significa ser seropositivas a las afectadas, acompañamiento a estas mujeres, información sobre el SIDA a los trabajadores sanitarios de los Hospitales (que eran muy poco receptivos a este problema), grupos de autoapoyo a las mujeres seropositivas, creación de promotoras de salud, etc. Y lo más importante es que son las autoridades sanitarias locales quienes están desarrollando todo, de forma lenta pero segura, a través de profesionales implicados en el Programa.

Es sólo un grano de arena, pero nos hace sentirnos satisfechos de lo conseguido hasta ahora, y como dice el refrán "no hace granero, pero ayuda al compañero"

UN CANTO DE GRATITUD

Ana Maria Costa. Médico. Valencia
Bol. PROSAC 26/2003

Elegí la profesión tras muchas dudas. Disfruto más con su ejercicio cuantos más años pasan.

Terminé medicina en 1977 y el MIR en 1981. Trabajo, como médico de familia, desde hace 15 años, en el Centro de Salud de Nazaret, ubicado en un barrio periférico de los poblados marítimos de Valencia. Tengo la intención de seguir allí hasta jubilarme. Colaboro como voluntaria en la parroquia de ese barrio. Coordino el Grupo de Bioética de la Sociedad Valenciana de Medicina Familiar y Comunitaria) y formo parte de un grupo de documentación médica, EINA/PV (nombre del grupo, en valenciano), que edita una revista electrónica.

Es la nuestra, la de los trabajadores de la sanidad, una profesión en la que, de forma constante, quien la ejerce se ve interpelado por el sufrimiento ajeno y, de mil formas distintas, se acerca como testigo al umbral misterioso de la muerte.

Ofrece nuestra profesión una posibilidad de encuentro con el ser humano en su fragilidad y, en última instancia, una posibilidad de encuentro con lo mejor de uno mismo en el empeño por aliviar el sufrimiento ajeno.

Así pues, cada día, en el ejercicio profesional, quienes formamos parte de un equipo sanitario podemos recibir más de lo que damos, si estamos abiertos.

Más allá de la profesión, la vida, mi vida la entiendo como esa oportunidad única e irrepetible de escribir mi propia historia. Un poco desde lo que yo misma proyecto, bastante más desde la aceptación activa, constructiva y creadora, de lo que me viene dado por limitaciones, propias o ajenas, y por las circunstancias. La experimento como oportunidad, renovable con cada nuevo día, de aprender a mirar con la sabiduría propia de la experiencia, pero conservando la mirada nueva, la capacidad de asombro, propia del niño cuando despierta al mundo.

Percibo cada uno de los días de mi vida como una nueva oportunidad de aprender a escuchar el ruido de la ciudad y los sonidos del silencio, de escuchar a los demás más que a mí misma..., a discernir los distintos aromas de calles y casas, de mar y montañas, de miedos, esperanzas y alegrías, del pan nuestro de cada día... a gustar los pequeños acontecimientos cotidianos, la bondad anónima de muchas personas..., a reconocer la textura de las plantas de mi balcón, de la tierra, las piedras y las arenas, del agua y tantas otras cosas...

Sin duda, cada día ofrece una nueva oportunidad de utilizar la libertad personal para crecer en amor, para escribir esa historia singular que sólo cada uno de nosotros podemos escribir esforzándonos por ser cada vez más conscientes, más sensibles, más ilustrados y así, desde nuestro yo, salir al encuentro del otro.

Como lo fue en San Agustín, mi vida quiere ser un canto de gratitud a la belleza. Esa belleza siempre antigua y siempre nueva en quien existen todas las cosas, de la que nos viene dado el ser, que compartió la condición humana hasta en la muerte, que sigue estando presente en la historia de la humanidad, por la acción de su Espíritu, y en la historia personal de cada uno de nosotros, como resucitado, que estaba dentro de mí desde siempre, aun cuando yo andaba fuera de mí misma, y cuyo tacto enciende fuego.

Con sus luces y sus sombras, asumo lo hasta ahora vivido y me siento afortunada por la familia en la que crecí, por haber conocido a Paco y por haber traído a la vida a nuestros tres hijos, ya universitarios.

TU, FANNI, ME HAS HECHO CRECER

Una PROSAC de San Sebastián
Boletín PROSAC 27/2003

Estos días te he conocido Fanni. No, no ha sido el intercambio de una sonrisa, ni de una mirada cuando paso por la calle. Te encontrabas en este *crecer tan necesario para todos*, siendo parte activa de las Jornadas.

Venías tú -enfermera ecuatoriana, joven y religiosa dinámica- a contarnos la situación que existe donde tú trabajas como enfermera: Mozambique. Nos hablabas de tu labor.

Nosotros con nuestros problemas personales, te fuimos escuchando. De repente, me quedé sin problemas, sólo te veía a ti y tu entorno doliente.

Hablaste de la situación de África. Dijiste que de los cuarenta millones de enfermos de Sida que hay en el mundo, treinta se encuentran en África. No es la primera vez que lo oigo. El mundo está lleno de estadísticas, pero las personas que las hacen no comparten su vida con los grupos que estudian, muchos sólo recogen datos.

Tú, Fanni, no. Tú vives con ellos, los cuidas, pasan por tu consulta de 60 a 70 pacientes diarios, a los que informas de su situación y les preparas para que cuiden a otro paciente con Sida durante toda la vida.

En Mozambique –nos dices- el 12% de la población sufre esta enfermedad y cada día se contaminan 700 nuevas personas. El tratamiento con *retrovirales* llega sólo a una minúscula parte de los infectados. La epidemia está erosionando los medios de supervivencia de las familias. Los enfermos son estigmatizados en la sociedad y algunos son olvidados por su familia y mueren solos y abandonados.

Nos expusiste el trabajo de las enfermeras con estos enfermos. Es difícil atenderlos bien por la falta de personal y la penuria de medios técnicos y de material desechable y guantes, con el consiguiente peligro de contagio. Una enfermera ha de atender a 60 o 70 pacientes.

Nos hablaste de las dos asociaciones que han surgido: la Asociación Esperanza dedicada sobre todo a prevenir la enfermedad, dando clases en los colegios a personas sanas, y enseñándoles medidas higiénicas; y Asociación de Escucha que se centra en acompañar a los enfermos e infectados para ayudarles a vivir positivamente su enfermedad.

La Iglesia es sensible a esta epidemia y trabaja en la prevención y acompañamiento de los enfermos. Ha realizado un seminario de capacitación para preparar a los animadores de la salud de las comunidades cristianas y ha construido un *hospital de día* donde los enfermos reciben atención médica, se apoyan mutuamente y realizan labores manuales para sobrevivir. “Hay que ayudar a las personas con Sida, ya que esta enfermedad incide en la parcela más importante del hombre: la parcela del afecto, del amor y su situación social.”

Esta fue tu exposición. Después hablé contigo, te pregunté si en todo este trabajo tan duro, os sentíais apoyados. Me dijiste que en la Iglesia encontrabais apoyo, a pesar de la falta de tiempo que tenéis.

Al acercarme vi tu juventud, tu sencillez, tu fuerza. Para mí África, especialmente Mozambique, ya tiene cara: La tuya, Fanni.

AYUDAR A PACIENTES CON EPOC A DESCUBRIR SUS PROPIOS RECURSOS

Marisa Rodríguez. Enfermera. Hospital Xeral de Ourense
Boletín PROSAC 28/2003

Recuerdo con mucho cariño las I Jornadas de PROSAC (El Espinar 1987) dedicadas a “*La humanización de la asistencia sanitaria*”, que me marcaron profundamente. He revisado las conclusiones. Creo que son plenamente actuales y que no hemos caminado suficientemente, a nivel individual y de grupo. “Con nuestros compañeros profesionales –dicen- pretendemos usar el diálogo y la coordinación en el trabajo sin actitudes dogmáticas y sin silencios acomodaticios. También es necesario reclamar recursos adecuados que nos ayuden a una mejor atención a aquellos pacientes que más lo necesitan como nos lo exige el Evangelio. Como ciudadanos, profesionales sanitarios y cristianos, queremos prestar nuestro apoyo a las instituciones responsables de la Sanidad en todo aquello que suponga una verdadera mejora de la humanización asistencial. Estamos decididos igualmente a realizar la crítica y denuncia sistemática ante cualquier situación de negligencia, corrupción o manipulación de signo político o administrativo que degrade la condición humana del enfermo, de su familia o de nosotros los profesionales sanitarios cristianos.” Nos proponemos “estimular y promover actitudes humanizantes.”

Me siento PROSAC. Valoro enormemente los cuidados integrales a las personas que como enfermera me ha tocado prestar e intento siempre que el paciente sea el que se ocupe de sus autocuidados según su capacidad. Una de las conclusiones del Espinar era “el enfermo protagonista como primer responsable de su salud”.

En este marco se desarrolla la sencilla experiencia que os voy a exponer.

El trabajo se realizó en el Hospital Xeral de Ourense: Consistió en elegir un grupo de 8 pacientes y familiares con los que se desarrolló un programa de educación, y otro grupo control con el que no se hizo ninguna intervención, solamente medir las variables del programa.

Las variables que tuvimos en cuenta fueron: Cumplimiento del tratamiento, técnica inhalatoria adecuada, peso, función pulmonar, higiene, alimentación, tabaquismo, ejercicio físico y respiratorio, ingresos, calidad de vida..

El programa se desarrolló en 16 sesiones, fuera de la jornada laboral. Asistió el 100% de los pacientes a todas ellas.

Los resultados fueron muy positivos, cuantitativa y cualitativamente: disminución del número de reagudizaciones, incremento en la calidad de vida, mejor aceptación de la enfermedad, etc.

La experiencia ha sido muy rica. Ha beneficiado a unas personas tan necesitadas de cuidados a las que los profesionales dedicamos poco tiempo. Hemos compartido muchas horas con los pacientes y hemos comprobado la eficacia de nuestra intervención. El desarrollo del programa nos ha obligado a una preparación y lectura bibliográfica previa. Nos ha servido para adiestrarnos en el trabajo en equipo, en el diálogo y colaboración. El hecho de tener que afrontar dificultades de varios tipos -incomprensión, falta de recursos, cansancio, etc.- nos ha ayudado a crecer... Nuestra calidad humana se ha enriquecido en la relación con el enfermo y familiares atendiéndoles con respeto, amabilidad y generosidad. Hemos aprendido mucho de los enfermos y de sus familiares, de su calidad, su agradecimiento y su colaboración. Ha sido una oportunidad estupenda de ver que hay muchos profesionales con ganas de hacer cosas y de colaborar en nuestra profesión y buen hacer. Hemos comprobado una vez más que –como decimos en PROSAC- vale la pena implicarse.

SERVIR DE APOYO AL QUE SUFRE “IMPIDIENDO QUE SI LLORA, LLORE SOLO”

Reflexiones de un M.I.R.

José López Castro, MIR de Medicina Interna, PROSAC de Ourense
Boletín PROSAC 30/2004

Era un día nublado del mes de noviembre cuando, mientras paseaba por un parque próximo a mi casa, un compañero de mi parroquia perteneciente al Consejo de Pastoral me propuso ser catequista. Yo no supe muy bien qué contestarle, pero decidí que debía intentarlo, más por experimentar que por propia vocación catequética. Desde entonces, no sé si fruto de la imaginación o de la iluminación espiritual, cada vez que acudía los sábados a la clase de catecismo sentía una paz y una claridad mental que todavía hoy, 12 años más tarde, sigo percibiendo.

Y desde ese momento, comenzó gradualmente mi contacto con la Iglesia y, cómo no, mi contacto consciente con Jesús. Pero esto que así contado podría parecer un conjunto de casualidades, es posible que no sea así, teniendo en cuenta que desde la infancia mis padres tuvieron muy en cuenta mi educación, especialmente la religiosa. Recuerdo muy bien cuando mi madre me “examinaba” una y otra vez hasta que por fin aprendía aquella interminable lista de oraciones del cristiano o cuando mi padre me enseñaba lecciones de “urbanidad y moral”.

Y los años fueron pasando y aquel deseo de ser médico que existía en mi se fue y se va convirtiendo en realidad: estoy realizando el 2º año de la residencia en la especialidad de Medicina Interna y he empezado a descubrir el mundo de la salud. Sus sonrisas y también sus lágrimas, que no son pocas. ¡Qué inmensa alegría cada vez que Dios le brinda una nueva oportunidad al mundo con el nacimiento de un niño! ¡Qué felicidad cuando recupera la visión un paciente intervenido mediante cirugía ocular! ¡Qué sensación la del que vuelve a caminar tras la colocación de una prótesis de cadera,...! Pero ¡qué tristeza cuando... en fin,... hasta cuesta escribirlo, ¡hasta pensarlo!

Todas estas experiencias nos invitan a meditar acerca de la fugacidad de nuestra existencia y de cuán frágil es el más fuerte de nosotros. Y sin embargo, con cuánto orgullo en ocasiones tentamos a nuestra suerte, creyéndonos omnipotentes en un arrebatado de locura que rápidamente la realidad se encarga de yugular. ¡Cuánta vanidad!

Y en medio de la adversidad, ¿qué es ser PROSAC? Haciendo unas breves *reflexiones desde el aula*, pues en definitiva, todos somos aprendices y sólo uno el Maestro, cabe pensar que entre tantas dificultades que encontramos en nuestro trabajo diario resulta difícil mantenerse firme en unos principios, tantas veces ultrajados por los medios de comunicación y por la propia sociedad. Pero, es en los momentos difíciles cuando el PROSAC debe brillar con luz propia y servir de apoyo a todo el que sufre (pacientes, familiares, compañeros de trabajo) extendiendo sus manos y abriendo su corazón, con un gesto de entrega desinteresada. Porque a mi modo de ver, ser PROSAC no consiste exclusivamente en reunirse mes a mes y participar en coloquios y conferencias sobre espiritualidad sino también en escuchar al que lo precisa, “impidiendo que si llora, llore solo”, tratando de ser vivo

reflejo de Cristo en todos los órdenes de la vida, sobre todo en nuestra profesión, que hoy más que nunca tanto lo necesita. Exige esta fortaleza espiritual y esperanza para no claudicar en el intento.

Sólo con la gracia que nos transmite el Espíritu Santo podremos llevar a cabo tan ardua misión, para gloria de Dios y bien de la humanidad.

Ríe y el mundo reirá contigo, llora y llorarás tú solo (R. Tagore).

ELENA HA LLENADO DE GOZO NUESTROS CORAZONES: MI EXPERIENCIA DE LA PATERNIDAD

Dr. Carlos Martínez, León
Boletín PROSAC 31/2004

Recuerdo como un día luminoso la reunión en El Espinar en 1987. Lucía un sol espléndido y la sierra segoviana fue testigo mudo del humilde encendido de una lámpara interna, personal. No estoy solo, me dije, en este proceloso mundo de la asistencia a la persona enferma y en situación menesterosa. “La humanización de la asistencia sanitaria” fue el tema sobre el que reflexionamos el grupo de personas que nos reunimos. Después vinieron otros lugares de España, otras inquietudes y sobre todo muchos más amigos que considero, desde entonces, hermanos. Todo ello fue fuente de gozo para mí, ayudó en mi crecimiento como profesional, como persona y como cristiano y su mero recuerdo sigue caldeando mi corazón como a los discípulos de Emaús. No otra cosa que Gracia considero el haberlo podido vivir.

Estas vivencias no son meros recuerdos o melancolías de años pasados. Siguen operando en mi ánimo de forma benéfica y me ayudan en las noches de penumbra. El poeta apócrifo lo expresó con otras palabras:

*"... la senda está grabada con huellas indelebles,
dentro de mí brota la fuente clara
y no temeré sobre mi barca frágil
el vértigo en la cresta de la ola
ni al mar que abajo enardecido brama"*

No he podido estar en las últimas reuniones con los amigos. Mucho lo he sentido. No es que haya dejado de bullir aquél "mi corazón sonoro". Resulta que desde entonces fuimos dos y ahora somos tres y esperamos ser cuatro. Lejos de mí el cansancio con vivencias de estricta índole personal. Incluso aunque la mayoría estéis viviendo esta situación gratificante de amor entre esposos y descubriérais la ternura especial que con la maternidad o paternidad se experimenta. Elena hará dos años en julio y su presencia ha llenado de gozo nuestros corazones. Cuando antes de dormir se ríe con nosotros mitiga nuestro cansancio. Cuando balbucea las últimas palabras de "*En el nombre del Padre...*" y el "*Jesucito de mi vida*" nos hace sonreír y sentirnos niños de nuevo. Cuando se duerme y contemplo su plácido sueño, un sentimiento de gratitud a Dios brota de lo más hondo de mí y le pido que la bendiga y a nosotros que nos ayude a educarla en el amor auténtico. Nada nuevo, diréis. De acuerdo, pero sirve para que todos lo recordéis, que es bonito, y para haceros partícipes de nuestra alegría.

Estas nuevas obligaciones no me han permitido compartir más con los amigos PROSAC. No fue fácil la renuncia momentánea a esta fuente de riqueza que no roe la polilla. Tuve claro que me debía a esta nueva tarea y tampoco me costó en exceso porque hace tiempo que soy consciente de que la vida te exige renunciaciones.

En lo tocante al crecimiento en la fe pienso que hay momentos en los que también es interesante y benéfica la relación más personal, menos comunitaria si se quiere, con Dios. Cualquier día nos volvemos a ver, nos daremos un abrazo fraternal, pondremos en común nuestros anhelos y nuestras dificultades y rezaremos juntos con la doble alegría de la fe compartida y del reencuentro. *Amén*, que diría Elena.

UN CAMINO INACABADO: VOLUNTAD Y COMPROMISO

Dr. Manuel de los Reyes, Madrid
Boletín PROSAC 32/2004

La preocupación por la educación en los valores morales es una constante en el horizonte de mis quehaceres

Para que haya vida tiene que haber buen pulso, porque hay pulsos incapaces de dar vida. Es necesario un "impulso" previo -de corazón- que genere la energía, la motivación para transmitir ese "pulso". En nuestro ámbito, es imprescindible una *vocación profesional* auténticamente convencida de sus *responsabilidades*. Mi experiencia es que si esto -lo fundamental- falta, la salud integral de la persona se resiente y las relaciones humanas se empobrecen.

Ese impulso vital es el *deber moral* de actuar al servicio del ser humano como fin primordial, de ayudarlo en sus necesidades de curación y cuidados, por mor de la beneficencia y por justicia. Ese deber ético es similar para todos, porque es lo nuclear de las profesiones sanitarias, pero los niveles de exigencia no son los mismos. Cada uno tiene que descubrir el verdadero sentido de su vocación, en qué mimbres se sustenta y con qué nutrientes se fortalece para no caer en el desánimo o en el desgaste. En mi caso se ha producido con el tiempo un *proceso de discernimiento, maduración y elección continua*, que no ha concluido. La propia vida me ha llevado al ejercicio de la Medicina sobre todo asistencial, pero también a orientar grandes dosis de trabajo hacia la formación y desarrollo de la Bioética. Esto lo siento como don y como una tarea; es un privilegio y un compromiso.

Vienen a mi memoria, porque los experimenté con gozo o dolor, pensamientos que invitan a la meditación serena: *"la verdad no es tanto algo que se alcanza o se posee, cuanto un camino, un talante, un modo de ser o de vivir en perpetua e inacabable búsqueda"*; ...*"sin voluntad de verdad no puede haber buena voluntad"*; ...*"la exigencia moral no nace del hecho de ser creyente o no, sino de la condición simplemente humana de querer ser una persona auténtica y cabal"*. A partir de la realidad vivida, la preocupación por la *educación en los valores morales* es una constante en el horizonte de mis quehaceres. Esa formación -de los profesionales sanitarios y del resto de conciudadanos- ha de fomentar el respeto a la dignidad de los demás, una mayor humanización de la atención sanitaria, el ejercicio responsable de la autonomía de los individuos y los grupos, y sobre todo sentir que somos muchos los que tenemos miras semejantes pero necesitamos aunar los esfuerzos.

Lo cual no es tan fácil de asumir y aplicar. Traigo a colación dos significados de "pulso vital": seguridad o firmeza para realizar un *proyecto de vida personal*, a pesar de las dudas y dificultades; mantener *tensiones creadoras* en los temas trascendentales de nuestra existencia, tanto más en sociedades como la española donde hay pluralidad de valores morales y la interculturalidad va en aumento.

Crear no dispensa de discurrir, incluso con riesgo de equivocarse. Por consiguiente -lo afirmo con pasión, convicción y en conciencia- *la ética cristiana es una ética de máximos de bienaventuranza*, lo cual no es motivo para no compartir una ética de mínimos de justicia con el resto de los ciudadanos. La justicia y el amor no pertenecen a órdenes distintos, el de lo debido y el de lo gratuito, pues si bien no puede aducirse la caridad para ignorar la justicia, el amor complementa a ésta animando *virtudes más específicamente cristianas* que nacen de él: *la compasión, la misericordia, la mansedumbre, la solidaridad, la sobriedad*.

El Papa Juan Pablo II, en su carta *Al comienzo del nuevo milenio*, habla de algunos retos: "El servicio al hombre nos obliga a proclamar, oportuna e importunamente, que cuantos se valen de las nuevas potencialidades de la ciencia, especialmente en el terreno de las biotecnologías, nunca han de ignorar las exigencias fundamentales de la ética. Esta vertiente ético-social se propone como una dimensión imprescindible del testimonio cristiano." Pero además, el pontífice plantea más *exigencias*: "El diálogo no puede basarse en la indiferencia religiosa, y nosotros como cristianos tenemos el deber de desarrollarlo ofreciendo el pleno testimonio de la esperanza que está en nosotros. ...El deber misionero no nos impide entablar el diálogo íntimamente dispuestos a la escucha. Este principio es la base... del diálogo cristiano con las filosofías, las culturas y las religiones." Nada más, pero tampoco menos.

GRACIAS PROSAC

Cocha Santos. Enfermera. Madrid
Boletín PROSAC 35/200

Quiero transmitir a la Asociación el agradecimiento de todas las mujeres laicas que cuidan a los enfermos desde el más bajo nivel del organigrama sanitario.

Porque desde esa experiencia profesional que ponía en mis manos lo más íntimo de la corporalidad humana, daba paso de igual modo, en muchas ocasiones, a lo más íntimo y profundo de la espiritualidad del ser humano. Esto lo aprendí y quedó grabado profundamente en mis primeros contactos con el enfermo, como Auxiliar de Enfermería, lo que me permitió entender el tratamiento integral del enfermo cuando pasé por la Universidad. Esta experiencia tan humanizadora para mi persona me distéis la oportunidad de compartirla en la Asociación PROSAC: ¡una Auxiliar de Clínica, miembro de la Comisión Nacional!

Desde joven me encontré relacionada con la Iglesia, pero no siempre con la capacidad de opinar en igualdad de condiciones. La Asociación de PROSAC me dio esa oportunidad. Gracias a otros profesionales y a la jerarquía de la Iglesia que tuve a mi lado, pude decir y colaborar en la parte de la Iglesia que siento profundamente que me toca cuidar, la parcela sanitaria.

En la Asociación puedo expresar libremente que mi vivencia de maternidad y de experta en cuidados me ayuda a salir de la dura situación de marginalidad dentro de la Iglesia para poder proclamarla sin miedo. Puedo igualmente decir que sin la aportación desde las entrañas de la mujer laica, donde se gesta la vida humana, la experiencia de humanización no alcanzará una dimensión plena hasta que seamos capaces de reconocer y vivenciar que sólo la conjunción de lo masculino y lo femenino nos llevará a una humanidad plena, una humanidad en la que no habrá “ni varón ni mujer, ni judío ni griego, ni esclavo ni libre (Gal 3,28)”.

Y después de estos años en que la Asociación PROSAC abrió sus puertas en igualdad de condiciones a la mujer, lanzo un grito de esperanza, alentada por todas aquellas mujeres de la historia que desde lo más profundo de sus entrañas quisieron dar a luz la femineidad de Dios del que son imagen. Os animo a superar la frustración de la identificación del modelo masculino que nos ofrece la Iglesia, para que cada día aceptemos el reto de caminar en espacios como éste que nos ayuden a todos a encontrar un modelo en el que no quedemos excluidas de las líneas de decisión de la Iglesia de la que formamos parte.

La naturaleza nos dotó de la capacidad de estar presentes de una manera entrañable desde el comienzo hasta el final de la vida, respetando pacientemente y cuidando los procesos que acompañan a la capacidad de alcanzar la felicidad. por lo que agradezco en nombre de todas las mujeres laicas a las que la Iglesia nos ha dado voz a través de PROSAC, y le pido a la Asociación que lo siga haciendo en el futuro con más fuerza y valentía.

Que la Asociación siga siendo fermento y luz para impulsar la evangelización, desarrollando un sentido fraternal y comunitario de los profesionales que trabajan en el mundo de la salud, con el fin de conseguir entre todos una expresión real del sacerdocio común de los fieles en Cristo, que recibieron la gran noticia del Amor de Dios.

SONRISAS Y LÁGRIMAS DE UNA MÉDICO RURAL

Dra. M^a José Rubio Pérez. Ibdes (Zaragoza)
Boletín PROSAC 33/200

Me mantienen y renuevan mi energía las personas

Estoy casada y soy madre de dos hijos. Mi vocación sanitaria surge en mi infancia, en mis correrías por el Hospital Provincial de Zaragoza, colándome en las salas para ver a los enfermos. Soy médico, casada y madre de dos hijos. Llevo más de 23 años ejerciendo mi profesión en el medio rural. Actualmente en el Centro de Salud de Alhama de Aragón, en la localidad de Ibdes.

Mi proyecto, allá donde esté, es tratar a todos por igual, sin hacer juicios de valor personales. En cada acto médico intento siempre llevar alivio y alegría.

Mi trabajo individual lo realizo en consulta o en domicilio, y en cualquier lugar donde haya que asistir a alguien, dándole siempre un trato personalizado, según las características de cada uno.

Todos los días, antes de empezar la consulta, tenemos diez-quince minutos de "escuela de salud", donde hablamos de cualquier tema relacionado con la misma: noticias de actualidad, donaciones, voluntades anticipadas, tolerancia, cómo preparamos para la muerte, el duelo, información al paciente terminal. Una vez por semana acudo a la escuela para compartir con niños y profesores distintos temas: alimentación, estética corporal, higiene, técnicas de relajación, dibujo e interpretación. Al mismo tiempo practico técnicas de relajación en niños con problemas como migrañas, niños hiperactivos, tics,

Me encuentro con no pocas dificultades al trabajar en este medio. La primera, la distancia de mi casa al lugar de trabajo es de ciento cincuenta kilómetros. La escasez de medios sanitarios y sociales para hacer frente a los problemas. La ceguera de mi jerarquía sanitaria ante los problemas de los profesionales del medio rural: no conoce directamente nuestras necesidades ni tiene una relación directa con nosotros, los controles de calidad son totalmente irreales, las incentivaciones nunca son equitativas, la formación continuada no existe..., sólo prima el gasto farmacéutico. No se valoran ahorros llevados a cabo con muchísimo trabajo y dedicación como es la atención y el control exhaustivo y continuo de pacientes domiciliarios y crónicos evitando su traslado a un medio hospitalario.

Trato de afrontar las situaciones y problemas uno a uno. Unas veces lo llevo bien, otras menos bien y otras mal. En los años de ejercicio profesional nunca había tenido en mi boca "*no puedo más*"; ahora es una frase que repito con asiduidad. Mi problema real es la soledad para llevar a cabo el trabajo. No sé marcar hasta dónde tengo que implicarme. Esto repercute en las facetas de mi vida, principalmente la de mi familia y mis amigos, y la mía propia.

Me mantienen y renuevan mi energía las personas. Ellas me enseñan cada día cosas nuevas, me ayudan a crecer y no dejan de regalarme una sonrisa, una mirada, un abrazo... El paciente no me cansa, sino que me empuja. Cuando estoy ante un enfermo mi boca se llena de risas y mi vida se llena de colores.

Amo mi profesión, la miro cada día con más respeto y la ejerzo con entrega y pasión. Doy gracias por estar donde estoy haciendo lo que hago: llevar amor, mucho amor. Sólo así se pueden alcanzar "pequeñas victorias" que para mí son "grandes": sacar una sonrisa, aliviar una soledad, calmar un dolor, coger la mano en el momento de la partida, compartir miedos que siempre resultan ser menos miedos...

Me gustaría una Iglesia al lado del pobre, del marginado, del enfermo; una Iglesia que no juzgue y que ayude a vivir la vida con sus alegrías y sus miserias; una Iglesia que llegue a la soledad de los mayores, a los conflictos de los adultos y a los ojos tristes de los niños; una Iglesia abierta a todo el mundo, sin fronteras, apoyando a los inmigrantes y haciéndoles partícipes en todo.

“HÁGASE TU VOLUNTAD”. ENVUELTO EN EL MISTERIO DEL AMOR.

Mi proyecto de vida –compartido con mi esposa, tres hijos, nuera, yernos y nieta, así como con el resto de la familia, amigos y compañeros– es vivir como ser humano con el otro y con lo otro, en las vertientes material, intelectual, social y espiritual. Mis abuelos y padres me iniciaron en la adhesión a Jesús de Nazaret y el camino de la fe, la esperanza y la caridad con su testimonio cristiano, no impositivo. Les estoy profundamente agradecido. Milité en la Juventud Estudiante Católica. Desde hace muchos años estoy vinculado a mi comunidad familiar y a mi grupo parroquial con el que me reúno cada semana. En las él vamos aprendiendo a vivir juntos en la unidad y aceptando la diversidad y nuestras diferencias, con necesidad del perdón y reconciliación penitencial, para celebrar el Misterio jubiloso de la Eucaristía.

Con mi mujer Consuelo, entramos en contacto con el camino zen que apunta directamente al corazón humano. Acudimos mensualmente a la escuela de zen de laicos que dirige Ana M^a Schlüter en Brihuega (Guadalajara) para recogernos interiormente. En nuestro domicilio lo realizamos a diario.

Hace unos meses se me diagnosticó una enfermedad tumoral maligna en estadio IV e inicié tratamiento con fármacos, pues el quirúrgico ya no estaba indicado. Para un médico cirujano es difícil aceptar, pero no hay otra solución más eficaz. ¿Qué hacer?, ¿Qué incidencias o alteraciones en tu forma de existir? ¿Debes de cambiar tu proyecto de vida? Todas estas interrogantes surgieron. Con una espera esperanzadora en el devenir, acompañado y arropado por seres que te quieren, algunos incluso desconocidos, y recordando los versos de Teresa de Ávila -*Nada te turbe, nada te espante, quien a Dios tiene nada le falta-*, hemos ido dando pasos, no sin dudas, en el camino hacia el Misterio.

Permitiéndomelo mi estado físico, opté por continuar en el Hospital Doce de Octubre con mi actividad asistencial, docente e investigadora como cirujano, salvo el día de la administración de los fármacos.

He experimentado la fragilidad de mi ser material y mental como enfermo y me siento más unido a aquellos que con sus cuidados e indicaciones terapéuticas intentan conseguir mi curación o al menos aplacar sus síntomas. En esos momentos de dificultad se hacen patentes las palabras del Huerto de los Olivos “Hágase tu voluntad...”, y se refuerzan con las de un paciente trasplantado el hígado que me decía para ayudarme: “Yo recordé la oración del creyente al Padre: Hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo.”

Durante este periodo de mi vida he procurado vivir y disfrutar del momento presente en las cosas cotidianas. o los momentos de encuentro y las expresiones de afecto de mi familia. Siento el amor en forma de amistad sincera que te manifiestan los amigos y compañeros de formas muy diversas (silencio, abrazo, palabras, miradas, besos, etc.), y el apoyo, la cercanía y el cariño de mis pacientes que saben que estoy enfermo como ellos. Han conseguido que me sienta querido, aunque en ocasiones mi confidencialidad se haya encontrado alterada y mi deseo hubiera sido un acompañamiento silencioso respetando mi libertad.

Cuando conoces el diagnóstico, actualizas el relato de las diez vírgenes (Mt. 25), o la exhortación a la vigilancia (Mc. 13). También el sutra del final de la vida: “Desde lo más profundo del corazón os digo a todos: vida y muerte son un asunto serio. Todo pasa deprisa, estad todos muy vigilantes, nadie sea descuidado, nadie olvidadizo”.

En este caminar creo firmemente que mi cuerpo y mi mente van hacia la finitud, pero mi espíritu permanecerá en la Nada, donde está, estuvo y estará. No obstante, cada nuevo día doy gracias por vivirlo e intento poner el máximo empeño en conseguir la curación y, a la vez, en continuar con las responsabilidades asumidas. Agradezco poderlas realizar y disfrutar y repito la frase del Padrenuestro: “Hágase Tu voluntad...”.

JARDIN INTERIOR

Dr. José María Rubio. Sevilla.
Boletín PROSAC 36

Necesitamos terapeutas, pedagogos de la salud de cada vida, lazarillos que, más que sustituir nuestros ojos, los restauren conforme la auténtica verdad personal de cada uno.

“No vayas mirando fuera de ti, entra en ti misma, porque en tu interior habita la verdad” (San Agustín).

Como médico internista y universitario creo que éste podría ser un buen lema profesional, para los sanitarios que trabajamos por sacar a la luz esa verdad honda y secreta de las cavernas donde grita el dolor humano y para los educadores que cultivamos y ayudamos a florecer deseos y valores escondidos. Un buen lema y una hermosa misión en la que durante mucho tiempo se recordará tu magisterio. Gracias, Carmen, por todo el bien has hecho. Mujer de profundas convicciones, celadora de la eterna luz interior, militante de eternidades, escogiste el mejor grano del llegar a ser al más barato del ritual quehacer, por eso tuviste el premio de la mejor cosecha: tus enfermeros y enfermeras dispuestos y preparados para amar, cuidar y servir la vida.

Tú que por esa luz interior siempre encendida eres capaz de ver en la oscura sima donde no alcanzan los ojos ni los sentidos, entenderás perfectamente el pensamiento de Agustín y te será fácil comprender la paz que experimentamos al leerlo cuando, privados de salud o de alegría, sentimos sus palabras caer como gotas de láudano sobre las heridas abiertas, consolando la soledad de nuestro personal naufragio. Pero hay más. Poderosa medicina sus palabras nos revelan, en el naufragio de nuestro dolor, las tormentas que compartimos. La multitud de naufragos anónimos que pasaron un día a nuestro lado y creíamos ya olvidados hasta que volvemos a contemplar su rostro en el espejo interior en el que nos angustia mirarnos porque en él se refleja todo, lo más luminoso y lo más opaco de nuestra existencia.

En ese espejo se descubren los rostros de pupilos olvidados, jóvenes que vimos naufragar un día en el mar de la vida y de los que nunca más supimos nada. Asusta la luz en ese espejo y sin embargo conozco a quien no le importa, es más, se recrea en él cada mañana contemplándolos y sintiéndose ella así eternamente nueva y rejuvenecida.

La sentencia de San Agustín me lleva a recordar algo que nunca deberíamos olvidar: Lo mucho que la acción terapéutica tiene de pedagogía y lo mucho que la pedagogía tiene de terapéutica. La verdad, la salud en definitiva, a los ojos del enfermo, es como la aparente monotonía de un jardín sin luces ni colores del que somos incapaces de disfrutar a pesar de su belleza y sin embargo el jardín está ahí, tras las tapias del sufrimiento y de los síntomas, esperando el instante de su revelación. En el jardín interior de cada uno habita la luz de su verdad y para descubrirla sólo hay que abrir los ojos. Pero abrir los ojos no es fácil cuando, rehenes de la desconfianza, nos atemoriza la ceguera. Necesitamos querer abrir los ojos y aun así no es suficiente la fe. Necesitamos aprender a abrir los ojos y quien nos enseñe a hacerlo. Necesitamos terapeutas, pedagogos de la salud de cada vida, lazarillos que, más que sustituir nuestros ojos, los restauren conforme la auténtica verdad personal de cada uno, sin expropiaciones ni tributos porque dentro de cada uno, en el jardín interior de cada hombre y cada mujer habita realmente la verdad.

MEDICO, CURATE A TI MISMO

Julián del Olmo, periodista
Boletín 37/ 2005

“Mi camino no es tu camino y, sin embargo, caminamos juntos, con las manos unidas.”

Me duele el alma, doctor

Los pacientes acuden a las consultas médicas, como los peregrinos a los santuarios, esperando el milagro de la sanación. En ambos casos se pide y se espera la actuación taumátúrgica del mediador. El mediador no es el autor del milagro pero se le atribuye a él porque visibiliza lo invisible.

Para el profesional cristiano, los pacientes unen lo profano y lo sagrado, la ciencia y la trascendencia, completándose y enriqueciéndose mutuamente, y en muchas ocasiones, se funden y hasta se confunden porque, en las personas, cuerpo y alma están indisolublemente unidos. "Doctor, me duele el

alma" se quejaba Criptana al oncólogo, cuando la metástasis le carcomía la vida. Se lo decía como si se tratara de un sacerdote. ¿Acaso los profesionales sanitarios no dan culto a la vida y ejercen el oficio de la sanación?

¿Qué me pasa, doctor?

El paciente observa que hoy el doctor no está para bromas. Quiere disimular pero no puede. La cara, que es el espejo del alma, le delata. Los pacientes pueden confesar al doctor sus intimidades y sus dolencias pero no podrán preguntarle por las suyas, aunque eso serviría para disculparle los nervios y los despistes, "que haberlos haylos".

Los códigos reservan al médico el papel de confesor pero también los confesores necesitan de confesión. La realidad es que profesionales y pacientes son dos líneas paralelas que, a veces, se acercan pero nunca llegan a encontrarse.

"Amigo mío, no soy lo que parezco. Mi apariencia no es más que el traje que visto, un traje cuidadosamente tejido que me protege a mí de tu curiosidad, y a ti de mi negligencia. El Yo que hay en mí, amigo mío, habita en la casa del silencio, y en ella vivirá para siempre inadvertido, inaccesible. Amigo mío, tú no eres amigo, pero ¿cómo hacértelo comprender? Mi camino no es tu camino; sin embargo, caminamos juntos, con las manos unidas" (Gilbran Khalil)

¿Quién da más?

Nos gusta más dar que recibir, sin duda porque nos hace sentirnos superiores. La vida es un intercambio de bienes y servicios. Quien más tiene que dé más porque ha recibido más. ¿Qué tendríamos si no lo hubiéramos recibido?

«Dais muy poco cuando dais lo que es vuestro como patrimonio. Cuando dais algo de vosotros mismos es cuando realmente dais. Hay quienes dan poco de lo mucho que tienen. Lo dan buscando el reconocimiento y su deseo oculto malogra sus regalos. Y hay quienes tienen poco y lo dan todo. Son éstos los creyentes en la Vida y en la magnificencia de la Vida y su cofre nunca estará vacío. Hay quienes dan con alegría y esa alegría es su fortuna. Y hay quienes dan con dolor y ese dolor es su bautismo. A través de las manos de los que dan, Dios habla y desde el fondo de sus ojos El sonrío al mundo. Es bueno dar algo cuando ha sido pedido pero es mejor dar sin demanda. Y para la mano abierta, la búsqueda de aquel que recibirá es mayor alegría que el dar mismo. ¿Y hay algo, acaso, que pueda guardarse? Todo lo que tenéis será entregado algún día: dad, pues, ahora que la estación de dar es vuestra y no de vuestros herederos". (Gibran Khalil)

JÓVENES EN EL ENCUENTRO PROSAC

María Regueiro y Carmela Fernández, Estudiantes. Orense.
Boletín PROSAC 38/2006

Somos María y Carmela. Al terminar nuestros estudios secundarios, decidimos hacer un ciclo medio de la rama sanitaria para conocer este mundo de la salud que nos fascina. Actualmente estamos realizando el curso de puericultura que se imparte en el Complejo Hospitalario de Ourense.

El responsable de la parte teórica del curso, Dr. Arturo Fuentes, nos invitó a venir al Encuentro de Cercedilla (Madrid).

Nuestra estancia fue genial. En un lugar excelente, en medio de un paisaje nevado, nos ayudó ver el mundo de la salud desde puntos de vista diferentes y más constructivos para estar como cuidadoras al lado de los enfermos más necesitados.

Nos gustó ser tratadas y llamadas siempre y por todos los participantes por nuestro nombre y aceptadas como una persona más de las allí reunidas. Comprobamos que no se discriminaba a nadie por cuestión de rango o nivel laboral. Todos éramos tratados con igual respeto, jóvenes y mayores, rector de universidad, jefe de servicio de medicina interna, gerentes, médicos, supervisoras, sacerdotes, etc.

Nos impactó encontrar en medio de nuestra sociedad personas que pudiendo estar instaladas en sus puestos y categorías laborales, se preocupan de cómo atender cada vez mejor, más humanamente y con mayor calidad a los enfermos, tanto en sus casas como en las instituciones sanitarias.

Es un signo de lo motivadas que están las personas que forman parte de la Asociación que, en días meteorológicamente tan adversos como los del encuentro, se hayan reunido canarios y asturianos, ourensanos y valencianos, catalanes y extremeños, etc.,

Nos encantaron las ponencias de Ramón Prat, Marije Goikoetxea y Francisco Álvarez. Desde nuestra juventud, fue una ocasión para tener presente la existencia de los enfermos graves y el proceso de morir, situaciones de las que nos vemos tan alejadas. Nos pareció muy importante que esta realidad pueda tenerse en cuenta en nuestra sociedad para acompañar adecuadamente a las personas en ese trance de gravedad o del morir.

Y por último, pero no menos importante, nos gustó experimentar los momentos de oración vividos. Nos encantó la forma de hacerlo, tan sencilla, tan auténtica y, por qué no decirlo, tan juvenil, a pesar de la amalgama de edades. Una experiencia muy positiva en nuestras vidas que esperamos con ansia poderla repetir algún día.